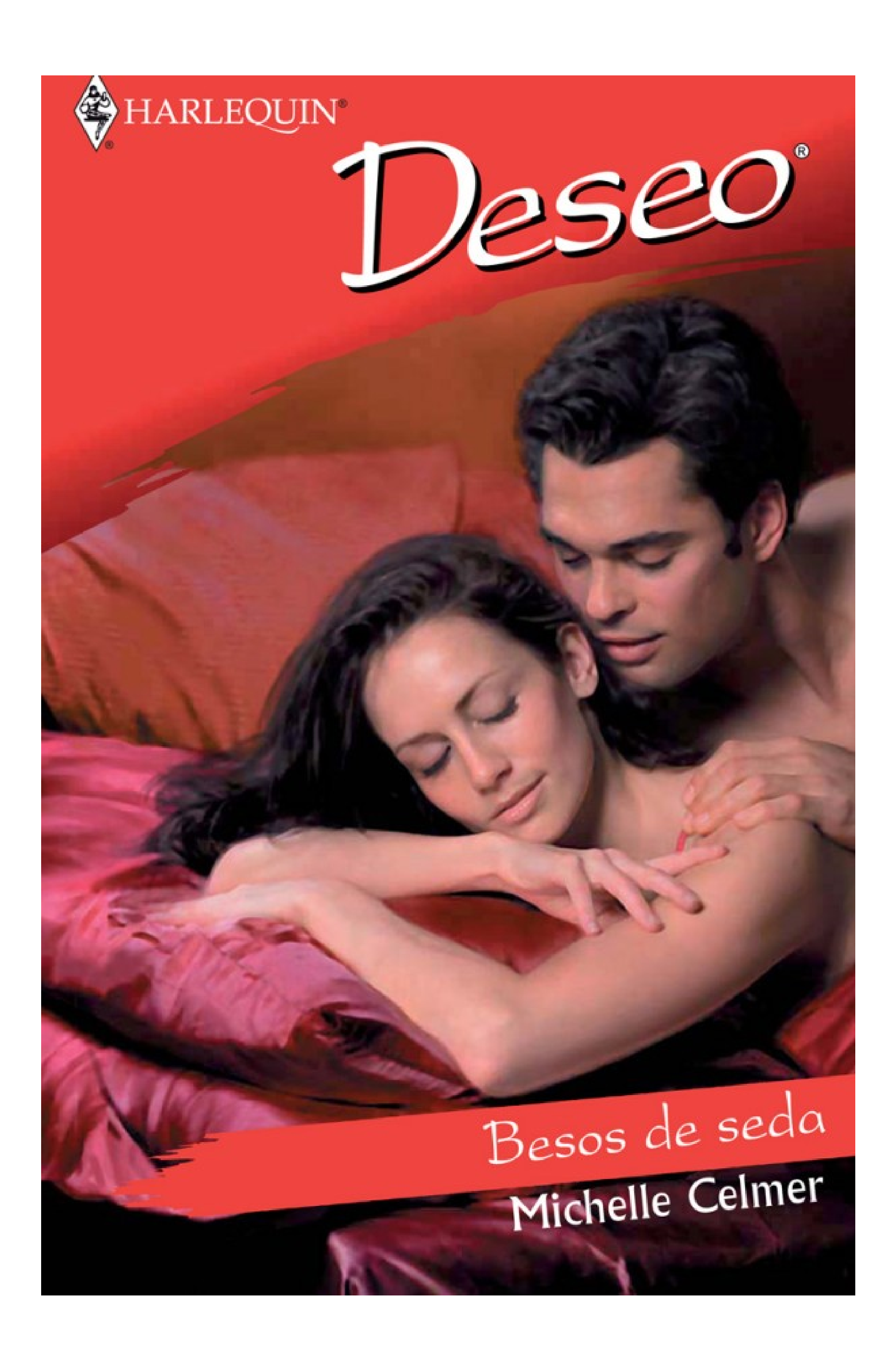

HARLEQUIN®
Deseo®
Besos de seda
Michelle Celmer

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

BESOS DE SEDA, Nº 1401 - junio 2012
Título original: Bedroom Secrets
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-0169-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversion ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo Uno

No tenía suficiente dinero.

Tina DeLuca estudió las monedas que llevaba en la mano, el miedo llenando el espacio vacío que el plato de sopa no había podido llenar. Era lo más barato del menú, pero no había contado con los impuestos.

No sólo no tenía dinero para pagar la cuenta, ni siquiera podía usar el teléfono con la esperanza de encontrar a su padre. Quería llamar antes de presentarse en su casa para averiguar si era el Martín López que buscaba.

¿Y si no lo era? ¿Y si estaba de nuevo en un callejón sin salida? Tina se mordió los labios. Estaba en Chapel, Michigan, sin dinero, y no tenía a nadie a quien recurrir. Sólo podía esperar que en la ciudad hubiera un refugio para pasar la noche.

O una cárcel, que era donde iba a terminar si no podía pagar la cuenta. También podría buscar algún subterfugio para no pagarla... pero si había algo que Tina DeLuca odiaba más que estar sin dinero era tener que mentir.

«Cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana», había escrito su madre en su diario. Y Tina se preguntó si habría una ventana en el lavabo del restaurante por la que poder escapar.

No. Había llegado hasta allí sin mentir y sin engañar a nadie. Tendría que ser honesta y esperar que aquella mujer se apiadase de ella.

–¿Seguro que no quieres nada más, cariño? –preguntó la camarera, una mujer de pelo gris y ojos amables que debía de ser la Mae del Restaurante Mae.

El corazón de Tina empezó a latir con fuerza. Le temblaban de tal forma las manos que se le cayeron algunas de las monedas sobre la mesa.

Mae la miró, preocupada.

–¿Te encuentras bien?

Ella tragó saliva. ¿Cómo iba a decirle a aquella señora tan

agradable que no podía pagar la cuenta?

–No tengo suficiente –dijo por fin. Pero lo dijo tan bajito que Mae no la oyó.

–¿Qué has dicho, hija?

–Que no tengo suficiente dinero –repitió Tina en voz alta. Las dos mujeres que estaban en la mesa de al lado la miraron sin disimular su desprecio–. Pensé que tenía suficiente para pagar el plato de sopa, pero se me olvidó el IVA. Me faltan veinte céntimos.

Mae levantó una ceja pintada.

–Te faltan veinte céntimos, ¿eh?

Los ojos de Tina se llenaron de lágrimas, pero intentó contenerlas. No quería que aquella mujer pensara que era una estafadora.

–Puedo lavar platos. O cocinar, soy una buena cocinera.

–No eres de aquí, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

–Ven conmigo –dijo Mae entonces–. A mi oficina.

«Ya está», pensó Tina, con el corazón encogido. Iba a llamar a la policía. En fin, una celda era mejor que dormir en la calle. Y si Ray la denunciaba por lo que había pasado la semana anterior, sin duda la detendrían... por agresión.

Temblando, se levantó y tomó su mochila. Con la cabeza bien alta a pesar de la mirada de puro desdén que le lanzaran las dos mujeres de la mesa de al lado, siguió a Mae hasta el fondo del restaurante, intentando verse a sí misma como la vería ella. Su ropa estaba arrugada y sucia después de llevarla puesta varios días. Seguramente parecía una vagabunda, como las que había visto durmiendo en la estación de autobuses.

Mae la llevó hasta la cocina y su estómago empezó a hacer ruido cuando aquellos deliciosos aromas llegaron a su nariz. Hacía días que no tomaba una comida decente. Para estirar sus limitados fondos había subsistido a base de sopa y galletas...

Mae la llevó a una diminuta oficina y señaló una silla de metal.

–¿Cómo te llamas, cariño?

–Tina –contestó ella–. Tina DeLuca.

–Muy bien, Tina DeLuca, espera un momento.

Mae salió de la oficina y ella intentó hacerse la fuerte para soportar lo que estaba por llegar. Mientras tanto, miró los diplomas

de la Cámara de Comercio que colgaban de la pared y el póster según el cual los postres de Mae eran los mejores de Michigan. También había docenas de fotografías de los hijos y nietos de Mae. Al menos, parecían sus hijos y nietos. Todos parecían tan contentos...

Una familia feliz. Ese concepto era extraño para Tina. Después de perder a su madre, se quedó sola, con su tía Louise y su primo Ray.

«Algún día, yo también tendré una familia», pensó. Encontraría al hombre de su vida, sentaría la cabeza y tendría muchos niños. Con un poco de paciencia, lo lograría.

Cuando saliera de la cárcel.

Tina se apoyó en el respaldo de la silla y cerró los ojos. Estaba agotada. No había dormido más de un par de horas desde que salió de Filadelfia. Se preguntó entonces si las camas de la cárcel serían más cómodas que el asiento del autobús...

La puerta se abrió en ese momento y ella se resignó a lo inevitable: Mae iba a decirle que la policía estaba en camino.

En lugar de eso, la mujer dejó una bandeja sobre la mesa. En ella, un plato de patatas fritas, una hamburguesa y un refresco.

Tina se quedó boquiabierta. ¿Por qué le llevaba más comida cuando no podía pagar siquiera la sopa?

Mae se sentó y abrió un cajón del escritorio. Estuvo buscando algo un momento y luego levantó los ojos.

–¿No vas a comer?

–Pero...

–Tienes hambre, ¿no?

No iba a llamar a la policía. Iba a ayudarla. El miedo de Tina se disolvió y sus ojos se llenaron de lágrimas de gratitud. No sabía que pudiera haber gente tan buena en el mundo.

–¿Quieres que llame a alguien, cariño?

–No tengo a nadie.

–Ya me lo imaginaba. Venga, cómete la hamburguesa ahora que está caliente –suspiró Mae, volviendo a mirar en el cajón–. Había dejado la tarjeta en alguna parte...

Tina tomó una patata. Estaba calentita y salada, deliciosa. Pero apenas podía tragar de la emoción.

–Ah, aquí está –dijo Mae, triunfante, sacando una tarjeta.

Tina leyó el nombre: Tyler Douglas. Nada más, sólo el nombre y un número de teléfono.

–Mi hermana, pobrecilla, ha trabajado para Tyler durante muchos años limpiando sus apartamentos. Pero este año la ciática no la deja moverse, especialmente cuando hace frío, y sé que Tyler está buscando a alguien.

«Cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana».

–¿Un trabajo? –exclamó Tina.

–Dile que te envía Mae y Tyler te dará trabajo, ya verás –sonrió la mujer, levantándose–. Venga, termínate la hamburguesa. Luego puedes salir por la puerta trasera.

–Gracias. Se la pagaré en cuanto pueda.

–Sé que lo harás –sonrió Mae.

Cuando desapareció, Tina podría haber jurado que había un halo sobre su pelo gris. Y, en alguna parte, creyó oír el sonido de una ventana que se abría.

Tyler Douglas decidió que ya estaba bien.

Emily era su hermana y la quería mucho, pero tenía que ponerse firme.

–No pienso ir a tu boda con un hombre.

–Pero eres el padrino y Alex es mi mejor amigo –insistió Emily–. Tienes que ir con él.

–Alex es gay.

–¿Y qué?

–¿Cómo que «y qué»? ¿Qué va a pensar la gente si nos ven juntos?

–Alex tenía razón, eres homófobo.

–No iría a la boda con ningún hombre, gay, heterosexual o indeciso. ¿Y, por cierto, qué piensa mamá de que tu dama de honor sea un hombre? –Emily no contestó–. No se lo has dicho, ¿verdad?

–Da igual lo que diga mamá. Es mi boda.

–Sí, ya.

–Piénsatelo, ¿de acuerdo? Y ya que estamos hablando por teléfono, Matt dice que hay una nueva secretaria en el instituto. Rubia, mucho pecho, tonta... justo como te gustan a ti.

–No estás ganando puntos, bonita.

–Era una broma. Matt dice que es muy agradable. Y soltera. Podríamos salir juntos los cuatro.

–No, gracias.

–Últimamente no sales con nadie, ¿verdad?

Tyler hizo una mueca. No salía con nadie, pero eso iba a cambiar. Con el tiempo, volvería a ser el hombre viril que había sido siempre.

O eso esperaba.

–Si te pasa algo, puedes contármelo.

–No me pasa nada –dijo él.

Nada que un par de años en intensa terapia no pudieran curar. Pero no podía contarle eso a su hermana.

–Ty, desde el instituto siempre has tenido novia. A veces, dos o tres a la vez.

En ese momento sonó un golpecito en la puerta del despacho y Tyler agradeció la interrupción.

–Oye, tengo que colgar. Te llamaré más tarde.

–Ty...

–Saluda a Matt de mi parte. Hasta luego.

Conociendo a Emily, volvería a llamarlo una y otra vez hasta que consiguiera lo que quería. Aunque no eran idénticos, entre ellos había esa conexión cósmica que solían tener los mellizos. Y, dependiendo de las circunstancias, eso podía ser bueno o malo.

–¿Hola? –oyó una voz desde el pasillo.

Una voz femenina. Maldición.

–Pase –dijo Tyler. Tenía que contratar a una recepcionista, preferiblemente una recepcionista fea, para controlar las visitas. O mejor, a un hombre.

La propietaria de la voz, que apareció en el despacho un segundo después, ni era fea ni era un hombre. Una mirada a sus ojos oscuros, a su piel morena y Tyler tuvo que dar un paso hacia atrás para buscar la seguridad de su escritorio.

Horror. Si no podía controlarse cuando veía a una mujer guapa, seguramente estaba más grave de lo que creía. Tres meses antes, la habría saludado tranquilamente, apretando su mano para disfrutar de la suavidad de su piel. Hubo un tiempo en el que le gustaba todo de las mujeres. Su olor, su sabor, la suavidad de su pelo.

Ahora las veía como enemigas. Y estaba seguro de que aquella

chica podía ser un peligro.

–¿Es usted Tyler Douglas?

–El mismo –intentó sonreír él–. ¿Qué quería?

«Por favor, que sea rápido».

–Me envía Mae, del restaurante. Me ha dicho que estaba buscando usted una señora de la limpieza.

Era guapísima. Y tan joven... Tyler se sentía como un degenerado por los pensamientos que daban vueltas en su depravado cerebro. Por ejemplo, la redondez de sus pechos, los dedos femeninos enredándose en su pelo mientras él la besaba apasionadamente...

Tenía que detener aquello de inmediato o lo lamentaría. Empezaba a costarle trabajo respirar con naturalidad y sentía aquella familiar tensión en su entrepierna...

Cuando ella dio un paso adelante, su pulso se aceleró. Tyler empezó a sudar profusamente, la cabeza le daba vueltas.

«Relájate. Respira profundamente».

–Me llamo Tina DeLuca –dijo ella, ofreciéndole su mano–. Y vengo a pedir trabajo.

Capítulo Dos

«Brad Pitt, muérete de envidia», pensaba Tina mientras observaba a Tyler Douglas. Había esperado un hombre mayor, alguien que no fuera tan guapo y con un cuerpazo de cine.

Alguien que no la mirase como si... como si fuera una leprosa.

Él dio un paso atrás.

–Aquí no nos andamos con formalidades.

Tina dejó caer la mano y, sin saber qué hacer, se la puso a la espalda. Nunca había ido a una entrevista de trabajo y no sabía cuál era el protocolo. Ella nunca había trabajado fuera de casa porque estuvo muchos años cuidando de su tía Louise y no sabía mucho sobre relaciones sociales.

–¿El puesto sigue libre?

–Sí, pero... el sueldo es pequeño.

No podía ser menos que lo que estaba ganando hasta aquel momento: nada.

–No me importa.

–Pero muy pequeño, casi el sueldo mínimo.

–Me parece bien.

Tyler arrugó sus rubias cejas.

–Es un trabajo muy pesado.

Tina intentó sonreír, pero se le estaba encogiendo el corazón. Había creído que era un trabajo seguro. Si no lo conseguía, no sabía qué iba a hacer, ni adónde ir. No tenía donde dormir siquiera.

–No me importa limpiar. Y tengo mucha experiencia.

–¿Una chica tan guapa como usted? ¿No sería mejor que se hiciera modelo o algo así?

¿Modelo? Lo diría de broma. Con su metro cincuenta y ocho, no era precisamente carne de pasarela.

–Señor Douglas...

–Ty –la corrigió él. Y luego hizo una mueca, como si revelar su nombre hubiera sido un error fatal–. Todo el mundo me llama Ty.

–Ty, yo soy muy trabajadora.

–Seguro que lo es, señorita...

–Douglas. Pero todo el mundo me llama Tina.

–No dudo que seas una chica muy trabajadora, Tina. Pero no sé si sería buena idea.

No iba a contratarla. Lo veía en su cara, iba a decirle que no.

Podía oír la ventana otra vez, pero estaba cerrándose. Lo único que podía hacer era meter la mano y esperar que no se la pillase.

Tina respiró profundamente, intentando reunir valor, pero le temblaba la voz:

–Necesito ese trabajo. Estoy desesperada.

–Ojalá pudiera ayudarla, pero me temo que no va a ser posible.

Las lágrimas que llevaba días intentando controlar empezaron a correr por su rostro. Estaba tan cansada de estar sola, de tener miedo, de pasar hambre. Estaba agotada.

Y no podía soportarlo más. Tina se dejó caer sobre una silla, enterró la cara entre las manos y se puso a llorar.

La había hecho llorar. Ty miró alrededor, desesperado, preguntándose qué debía hacer. Ver llorar a aquella chica sabiendo que era por su culpa era peor que el mareo y los sudores fríos.

Bueno, peor no, pero igual de malo. Y se podría haber evitado si no fuera tan egoísta. Odiaba lo que le estaba pasando, pero no sabía cómo controlarlo. Su plan original, hacer como si no pasara nada, no parecía estar funcionando demasiado bien.

Y ahora, no sólo lo estaba pasando mal él, sino que se lo hacía pasar mal a otras personas.

Nervioso, tomó un pañuelo de papel y se lo puso en la mano.

–Tenga.

Tina se sonó la nariz.

–Lo siento. No quería... es que he tenido una semana horrible.

–La entiendo.

Más de una vez durante los últimos tres meses, Ty había tenido ganas de ponerse a llorar.

–Enseguida se me pasará –siguió ella, secándose los ojos con el pañuelo.

Tyler se dio cuenta entonces de que no llevaba maquillaje, ni rímel siquiera. La suya era una belleza natural. No se le ponía la

cara roja e hinchada cuando lloraba, como a otras mujeres. Podría haber parecido una chica normal si sus facciones no fueran tan exóticas.

Pero era una niña. Seguramente, no debía de tener más de dieciséis o diecisiete años. Y debía de necesitar el trabajo de verdad para disgustarse así. Parecía tan perdida, tan... sola.

Demonios.

–¿Puedes empezar mañana?

Ella levantó la mirada, sorprendida.

–¿Vas a contratarme?

Era un peligro, seguro. Pero ¿podía evitar que le gustaran las mujeres problemáticas? Sabía que era un error, pero no sería ni el primero ni el último.

Tyler anotó una dirección en un papel y sacó una llave del cajón.

–Todo lo que necesitas está en la casa. Utensilios de limpieza, aspiradora, fregona. Los pintores terminaron hace un par de días, así que las paredes deberían estar secas.

–¿Voy a limpiar toda la casa?

–De arriba abajo. ¿Algún problema?

–No, ningún problema –contestó Tina.

–Quiero enseñar los apartamentos lo antes posible, así que intenta terminar mañana. Luego iré a inspeccionar el trabajo y, si todo está bien, te daré un cheque. Además, tengo otro edificio de oficinas que hay que limpiar la semana que viene.

Tina sonrió. Una sonrisa que parecía iluminar toda su cara y que lo calentó por dentro. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Qué le importaba a él la sonrisa de aquella chica?

Al menos, parecía haber superado la ansiedad inicial, pensó. Mientras no se acercara mucho, todo iría bien. Pero era tan guapa... Y parecía tan vulnerable...

¿Qué demonios estaba haciendo?

–Gracias, señor... digo Ty. Muchísimas gracias por darme esta oportunidad. No lo lamentarás.

Tyler tuvo que contener una carcajada. Ya lo estaba lamentando.

Tina miró el edificio de ladrillo, suspirando. Le había costado

mucho encontrar la dirección en aquella ciudad desconocida. Empezaba a oscurecer y el viento helado penetraba la tela de los vaqueros y la chaqueta de nylon.

Estaba helada, exhausta y lo único que deseaba era descansar un poco. Una ducha caliente sería un sueño. No se había duchado en varios días, lavándose como pudo en los servicios de la estación de autobuses.

No podía creer lo que iba a hacer.

No era exactamente allanamiento de morada porque tenía la llave. Y sólo sería una noche, se dijo. Al día siguiente tendría dinero para pagar una pensión. Y una comida caliente. Y, por supuesto, volvería al restaurante de Mae para pagar la sopa y la hamburguesa. Si no fuera por esa mujer tan buena, no tendría un sitio para dormir aquella noche. Ni comida en el estómago.

Y Tyler, bueno, a Tyler acababa de conocerlo. Casi le había parecido como si tuviera miedo de ella... lo cual era absurdo, claro. Un hombre tan guapo no podía ser inseguro. Era prácticamente el típico héroe americano.

Desde luego, era su héroe.

¿Y qué pensaría si supiera que iba a dormir en la casa que debería limpiar? Estaba traicionando su confianza.

Bueno, no. Porque técnicamente él no había dicho que no pudiera dormir allí. Y lo que no sabía no podía hacerle daño. De esa forma, podría levantarse muy temprano por la mañana y terminar a tiempo. Así conseguiría que la contratase para limpiar el otro edificio.

Pero tenía que decidirse de una vez o alguien la vería frente al edificio y empezaría a sospechar.

¿Dormir en la calle, en una caja de cartón, o en una casa calentita? No había discusión. Tina sacó la llave y se dirigió a la puerta.

En cuanto abrió, le llegó un fuerte olor a pintura. Con las persianas cerradas, todo estaba muy oscuro, así que fue tocando la pared para buscar el interruptor. Tina parpadeó durante unos segundos mientras se acostumbraba a la luz y luego miró alrededor. Paredes de color beige, moqueta de color beige. Una casa pequeña, pero mona. Estaba tan limpia que no entendía qué esperaba Tyler Douglas que hiciera allí. Pero cuando miró más de cerca, comprobó

que las persianas estaban sucias y, seguramente, habría que limpiar las ventanas.

Ningún problema.

Los utensilios de limpieza estaban en la cocina: aspiradora, fregona, cubos, trapos, rollos de papel, detergentes.

El suelo necesitaba una limpieza a fondo, desde luego. El horno estaba sucísimo y, cuando abrió la nevera, el olor a comida podrida la hizo cerrar de golpe.

El cuarto de baño estaba al final del pasillo, al lado de dos habitaciones pequeñas. Afortunadamente, había papel higiénico y una pastilla de jabón en el lavabo. Pero olía a humedad. Y cuando apartó la cortina de la ducha supo por qué: la mitad de la pared estaba cubierta de moho.

Definitivamente, tenía mucho trabajo, pensó. Pero no había exagerado cuando le dijo a Ty que le gustaba limpiar. Le satisfacía, como le satisfacía cocinar y cuidar de su tía.

Su primo Ray también había querido que «cuidase» de él. De una forma completamente diferente, pensó, con un escalofrío de asco. ¿Cuánto tiempo habría estado tirado en el suelo de la cocina, inconsciente? ¿Y cuál habría sido su reacción al descubrir que se había ido? El recuerdo de su primo manoseándola, su aliento en la cara, hizo que Tina sintiera náuseas.

Pero todo aquello había quedado atrás. Encontraría a su padre y empezaría una nueva vida en alguna parte. Quizá allí mismo, en Chapel.

Encontró el termostato de la calefacción y lo puso a veintitrés grados, la temperatura perfecta. Cuando terminó de darse una ducha, la casa estaba tan calentita que pudo pasearse sólo en camiseta. Tina metió su ropa en la lavadora y se acomodó en una de las habitaciones. Apagó la luz y, usando su mochila como almohada, se tumbó sobre la moqueta, dejando escapar un suspiro de cansancio.

En cinco minutos estaba profundamente dormida.

Hasta que oyó algo.

Tina se incorporó, sobresaltada y desorientada en la oscuridad. No sabía qué la había despertado, pero sabía que algo no iba bien. Después de tantos años cuidando de su tía, tenía un oído muy fino y despertaba al menor ruido. A tientas, buscó el reloj en la mochila y

encendió la pantalla. Era casi medianoche.

Y entonces lo oyó. Pasos.

Había alguien en la casa.

Durante un segundo se quedó paralizada de miedo. Luego, el instinto la hizo levantarse, tomar la mochila y meterse en el armario empotrado. Intentaba no hacer ruido, pero la puerta se cerró de golpe. Musitando una maldición, Tina rezó para que el intruso no lo hubiera oído.

No habría tardado mucho en darse cuenta de que la casa estaba vacía y no había nada que robar. A menos que robar no fuera lo que tenía en mente.

A lo mejor alguien la había visto entrar y sabía que estaba sola e indefensa. ¿Había cerrado la puerta con llave antes de quedarse dormida?

Con manos temblorosas, Tina buscó en la mochila el spray de pimienta. Aferrándose al bote, se aplastó contra la pared del armario. Por la rendija de la puerta podía ver que el intruso encendía la luz de la habitación y su corazón empezó a latir a triple velocidad. Los pasos se acercaban y vio una sombra frente al armario...

Cuando la puerta se abrió, Tina cerró los ojos y apuntó hacia la cara del agresor con el spray de pimienta.

–¡Hijo de...!

Oh, no, no, no. Tina había reconocido la voz.

Angustiada, abrió los ojos y soltó el spray.

Tyler Douglas estaba intentando quitarse la camisa mientras soltaba maldiciones. Los botones saltaban por todas partes y se dio cuenta de que no le había dado en la cara, sino el pecho. Normal, considerando que medía medio metro más que ella.

–¡Maldita sea, esto quema!

Tina despertó de su estupor cuando vio que se llevaba las manos a los ojos.

–¡No te toques la cara! ¡Es spray de pimienta!

–¿Spray de pimienta? ¿Qué demonios...?

–El baño –lo interrumpió ella, tomándolo del brazo–. Tenemos que lavarte la cara.

Apartando la cortina de la ducha, abrió el grifo del agua fría y lo metió dentro, con ropa y todo.

Ty lanzó una exclamación al sentir el agua fría en el pecho, pero al menos eso aliviaba la quemazón. Los ojos empezaban a escocerle, así que metió la cabeza bajo el agua.

Unos minutos después, cuando pudo abrirlos, vio que Tina se miraba las manos, pálida.

–Me queman.

Tyler tiró de su brazo y la metió bajo el agua con él. Al recibir el golpe de agua fría, ella lanzó un grito e intentó apartarse, pero Ty la sujetó, apretándola contra su pecho.

–No te muevas.

–Está helada.

Que se lo dijeran a él. Estaba empapado hasta los huesos, pero eso era mejor que quemarse vivo.

Tina se quedó muy quieta entre sus brazos.

–Ya estoy mejor. ¿Podrías… soltarme?

Ty miró hacia abajo y vio que su mano izquierda estaba sobre el generoso pecho izquierdo de ella. La soltó abruptamente y dio un paso atrás. ¿Cómo demonios había pasado? Desde luego, no lo había hecho a propósito.

¿Quizá el dolor?

Tina cerró el grifo y se volvió para mirarlo. El pelo oscuro caía sobre sus hombros, la camiseta, empapada, se pegaba a sus generoso pechos, marcando todo en detalle. Y, considerando la frígida temperatura del agua, había muchos detalles. Y no llevaba pantalones. Aquello no podía ser mejor.

Al menos llevaba bragas, pensó… unas braguitas rosas con un estampado de gatitos. Por favor.

Era muy atractiva. Entonces, ¿por qué no se mareaba? ¿Por qué no se quedaba sin aliento, por qué no tenía sudores fríos?

Porque estaba ardiendo y furioso, pensó. A pesar de que ella estaba medio desnuda y a menos de un metro, aquélla era la situación menos excitante de su vida.

Aleluya, estaba curado.

–Lo siento muchísimo –se disculpó ella, temblando. Podría ser de frío o de miedo, daba igual.

Tyler se secó la cara con las manos.

–¿Ah, sí?

–Puedo explicártelo todo.

–Muy bien. Entonces, explícame qué demonios haces en mi casa.

Capítulo Tres

–¿Podría secarme antes? –preguntó Tina, con los labios temblorosos. No sólo le temblaban, también se le estaban poniendo morados.

–Sí, perdona –dijo Ty, saliendo de la bañera, sus zapatillas chirriando sobre el suelo. También él tenía frío, pero cuando miró alrededor buscando algo con lo que secarse recordó que la casa estaba vacía. No había toallas.

Genial.

–Hay papel en la cocina –dijo ella, abrazándose a sí misma.

–Eso es mejor que nada.

Con las zapatillas rechinando por todo el pasillo, Tyler fue a la cocina y volvió luego al baño con dos rollos de papel.

–¿Dónde está tu ropa?

–En la lavadora –contestó Tina.

Él cerró los ojos.

–Dime que no está mojada.

–Está mojada. Iba a meterla en la secadora, pero se me olvidó.

–Estupendo. ¿Y no tienes nada seco?

Ella negó con la cabeza.

–Yo tengo la bolsa del gimnasio en la furgoneta. Seguramente, allí habrá algo que puedas ponerte. Mientras yo voy a buscarla, hazme un favor y mete tu ropa en la lavadora. ¿De acuerdo?

Tina asintió.

Tyler, empapado, salió a la calle. Cuando pasaba por delante de la casa vio la luz de la cocina encendida y creyó que los pintores habían olvidado apagarla. Lo que no había esperado era encontrar a Tina DeLuca escondida en el armario.

Y tampoco había esperado que lo rociase con spray de pimienta.

Mascullando de todo, sacó la bolsa de la furgoneta y corrió de vuelta a la casa para entrar en calor. No pensaba sacarla de allí desnuda; hacía demasiado frío y acabaría con una neumonía.

–He subido la calefacción –dijo ella al verlo entrar.

Ty le dio una camiseta y unos pantalones cortos.

–Ponte esto, anda.

Tina miró la ropa y luego a Ty. Estaba tan empapado como ella y unos vaqueros empapados no podían ser muy cómodos.

–¿Y tú?

–Tengo unos calzoncillos –contestó él, mostrándole unos de cuadros–. ¿Algún problema?

–No, no.

Le estaba muy agradecida por no haberla echado a la calle. Aunque no sabía qué hacer. Evidentemente, se había quedado sin trabajo.

¿Y cómo iba a quejarse si Ty se paseaba por la casa en calzoncillos? Tina tragó saliva cuando se quitó la camisa. Sus hombros debían de medir como dos metros y tenía unos pectorales enormes. Era grande por todas partes, pero no tenía un gramo de grasa.

–Voy a cambiarme y a meter los pantalones en la secadora. Y luego tenemos que hablar.

En otras palabras, que se había quedado sin trabajo. Tina asintió mientras él desaparecía por el pasillo.

¿Cómo había podido estropearlo todo de esa forma?

Podría intentar las lágrimas de nuevo, pero dudaba que con eso consiguiera nada. Además, no se le daba bien llorar a discreción.

Suspirando, se metió en el baño para quitarse la ropa mojada. La camiseta de Ty era demasiado grande, pero al menos estaba seca.

Seguía sin creer que hubieran estado juntos en la ducha, medio desnudos, y que él hubiera puesto una mano sobre su pecho. Con la excepción de un examen ginecológico, no la habían tocado allí desde el último año de instituto, cuando salió con Joe DeCaussin. Él quería llegar hasta el final, pero Tina no le dejó. Le dijo que «la próxima vez», aunque no sabía si habría próxima vez.

Su tía Louise había tenido una embolia al día siguiente y eso dio al traste con su vida social.

Por supuesto, estaba su primo, Ray. Él le tocaba el pecho, pero no contaba porque era contra su voluntad.

Sin embargo, sentir la mano de Ty en su pecho había sido agradable.

Tina colgó la camiseta en la barra de la cortina y usó el papel de

cocina para secar el suelo.

Al ver el moho de nuevo, se preguntó si habría algún producto específico, pero entonces recordó que eso no iba a ser un problema porque ya no tenía trabajo. De nuevo, estaba en al calle y no podía pedirle ayuda a nadie.

Debería tener miedo, pero por alguna razón no era así. Quizá podría cerrar los ojos, quedarse dormida y cuando despertara todo estaría bien...

No, esas cosas no pasaban.

Sabiendo que debía darle una explicación a Ty, abrió la puerta del baño y entró en el salón, donde él la esperaba... en calzoncillos. Tenía unas piernas fuertes, con músculos marcados y cubiertas de un vello rubio oscuro. Nunca había visto a un hombre con tan poca ropa.

–¿Te queda bien? –preguntó él, señalando la camiseta.

–Sí, gracias.

–Será mejor que nos pongamos cómodos.

Ty se sentó sobre la moqueta, con la espalda apoyada en la pared, y ella se sentó enfrente, con las rodillas levantadas.

–Bueno, ¿se puede saber por qué me has rociado con spray de pimienta? –le preguntó tranquilamente, cuando debería estar furioso.

–No sabía que eras tú. Pensé que era un intruso.

–Yo soy el dueño de la casa. Tú eres la intrusa.

–Lo sé y lo siento.

–Y eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿qué hacías medio desnuda en mi casa a estas horas? Y no me digas que estabas limpiando.

–Estaba durmiendo. No tenía otro sitio a donde ir.

–Entonces, ¿no buscabas un trabajo? –exclamó Ty–. ¿Sólo necesitabas un sitio donde dormir?

–No, no, necesito un trabajo...

–Dijiste que conocías a Mae. ¿Eso también era mentira?

–¡Claro que no! Nos conocimos en su restaurante y fue ella quien me dio tu tarjeta cuando... –Tina no terminó la frase, avergonzada.

–¿Cuando qué?

–Cuando no pude pagar la cuenta. Se me había olvidado el IVA y me faltaban veinte céntimos. Mae me llevó a su oficina y yo pensé

que iba a llamar a la policía.

–¿Por veinte céntimos? Tú no eres de aquí, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

–No.

–Bueno, ¿y qué pasó?

–Que me invitó a una hamburguesa con patatas fritas y me dio tu tarjeta.

–Mae tiene muy buen corazón.

Tina asintió de nuevo, con un nudo en la garganta.

–No vas a llorar otra vez, ¿verdad?

–No.

–Voy a hacerte una pregunta y quiero que me contestes con sinceridad, ¿de acuerdo?

–Sí.

–¿Te has escapado de casa?

–Más o menos, sí.

Ty dejó escapar un suspiro.

–Entonces, tenemos que llamar a tus padres. Seguramente estarán muy preocupados por ti y...

¿Pensaba que era una adolescente que se había escapado de casa? Tina no daba crédito. ¿De verdad parecía tan joven?

–Lo siento, pero eso es imposible.

–Por muy mal que vayan las cosas, escaparse no es la solución. Y yo puedo meterme en un buen lío si dejo que te quedes aquí.

–Lo dudo –suspiró Tina. Al menos, no por la razón que él creía. Por ayudar a un fugitivo, quizá.

–Yo tengo veintiocho años y ¿tú? No puedes tener más de dieciséis o diecisiete.

–Tengo veintiuno –contestó Tina.

Ty levantó una ceja, escéptico.

–Sí, seguro.

–Puedo enseñarte mi permiso de conducir. Está en mi mochila. Ve a verlo si no me crees.

–Si tienes veintiún años, ¿por qué te has escapado de casa?

–No podía hacer otra cosa. Yo vivía con mi tía y cuando murió, mi primo... me echó de casa. No tengo dinero, ni casa, ni familia. Y no, ésta no es una historia para que te compadezcas de mí, es la verdad.

Ty se quedó un momento en silencio, pensativo.

–¿Y tus padres?

–Mi madre murió hace mucho tiempo y no conocí a mi padre. Estoy intentando encontrarlo y le he seguido la pista hasta Chapel. Por eso estoy aquí.

–¿Y no tienes dinero?

Tina negó con la cabeza. Era demasiado humillante como para decirlo en voz alta.

–¿Y cuándo te echó tu primo de casa?

–Hace cinco días. Pensé que ya habría encontrado a mi padre y él podría ayudarme, pero estoy en un callejón sin salida.

–¿Por qué tendría que creerte?

–No tienes por qué. Pero si tienes compasión, no me despedirás. Tengo que pagarle a Mae y encontrar a mi padre. Necesito ese trabajo.

Tyler dejó escapar un suspiro.

–Debería echarte de aquí a patadas pero, por alguna razón, te creo, así que no voy a hacerlo.

–Entonces, ¿quieres que limpie la casa?

–Sólo si prometes ser amable conmigo a partir de ahora.

Tina se quedó helada. De eso nada. No podía estar pasándole otra vez. Y pensar que había confiado en él... ¿Intentaría forzarla, como había hecho Ray, o esperaría que se tumbara en el suelo y lo dejase hacer?

Debería haber salido corriendo. Debería haberse marchado cuando pudo hacerlo. Pero allí estaba, con su camiseta y él en calzoncillos. ¿Por qué no había imaginado que aquello iba a pasar? ¿Cómo podía ser tan tonta?

Tyler se inclinó hacia delante, como si fuera a levantarse, y Tina se arrastró hacia la esquina de la habitación, tan lejos de él como le era posible.

–¡No me toques!

Él pareció sorprendido.

–¿Qué?

–Me marcharé en cuanto se haya secado mi ropa, pero no me toques.

–¿De qué estas hablando? He dicho que no iba a echarte.

–No pienso acostarme contigo.

Ty parpadeó, atónito.

–¿Cuándo te he pedido yo que te acuestes conmigo?

Tina arrugó el ceño. ¿Por qué no parecía saber de qué estaba hablando?

–Has dicho que fuera amable contigo y...

–Sí, amable, o sea que no me eches spray de pimienta en los ojos, por ejemplo. ¿Por qué crees que el sexo tiene algo que ver con esto? Bueno, aparte de que esté en calzoncillos y te haya tocado el pecho sin querer en la ducha.

Tina no contestó. No podía. Era demasiado humillante. Y no tuvo que hacerlo porque Ty pareció entender.

–¿Quién ha sido? –masculló, furioso–. No me digas que tu primo...

–No es primo de sangre.

Él levantó las manos al cielo.

–Ah, pues entonces es mucho mejor, claro.

–Debería haberlo imaginado –suspiró ella–. Siempre fue muy raro.

–No me digas que fue culpa tuya, por favor. Nadie tiene por qué imaginar eso. ¿Qué hacías viviendo con un tipo así?

–No vivía sólo con él, vivía con mi tía. Mi primo Ray me dijo que me quedaría con la casa y con la mitad del dinero cuando muriera...

–Pero no fue así, ¿no?

–No. Todo era mentira. Enseguida descubrí que había una condición.

–¿Qué condición?

–Que fuese «amable» con él.

–Cerdo asqueroso –murmuró Ty, pasándose una mano por el pelo. Cuando apareció en su oficina, imaginó que debía de estar muy desesperada para buscar trabajo de limpiadora. Pero no sabía que lo estuviera tanto.

Y se le ocurrió de repente que llevaba un rato con ella, en calzoncillos nada menos, y no estaba sufriendo la menor ansiedad. Seguía encontrándola atractiva, pero sentía un deseo protector, casi fraternal, hacia ella.

–¿Y crees que tu padre vive aquí, en Chapel?

–Eso espero.

–Ésta es una ciudad pequeña. A lo mejor yo lo conozco.

–Se llama Martín López.

–No me suena el nombre, pero eso no significa que no viva aquí. Yo conozco a un detective, podría decirle que se ocupara del asunto.

Los ojos de Tina se iluminaron un momento, pero enseguida bajó la mirada.

–No tengo dinero para eso.

–No te he pedido dinero.

–Y yo no puedo aceptar caridad.

–Pero pensabas quedarte a dormir en mi casa esta noche, ¿no?

–Eso es diferente. Si no me quedaba aquí, habría tenido que dormir en la calle.

–¿Y mañana... y pasado mañana, qué pensabas hacer?

–Pensaba irme a una pensión.

–Sólo hay una pensión cerca de aquí y no es precisamente barata.

Tina se mordió los labios.

–No sé, ya veré lo que hago. A lo mejor encuentro un refugio.

–En Chapel, no. Esta ciudad es muy pequeña y no tenemos fondos para ese tipo de cosas... ni necesidad de ellas tampoco –Tina lo miró, asustada–. Pero puedes venir a mi casa.

–¿A tu casa?

Si alguien le hubiera dicho el día anterior que iba a hacer una oferta como ésa, Ty se habría reído, pero no era tan mala idea. Podía estar en la misma habitación con aquella chica sin hiperventilar. Quizá podría pasar algún tiempo con ella y así curarse de la ansiedad. A lo mejor era justo lo que necesitaba.

Además, le caía bien. Y admiraba su valentía. Las mujeres con las que él solía salir no habrían durado una hora en la calle sin dinero. Aquella chica, aquella mujer, era dura. Y muy agradable a los ojos.

–Tengo un apartamento libre encima del garaje. Puedes quedarte allí unos días.

Tina lo miró como si se lo estuviera pensando.

–Te lo agradezco mucho, pero no. No puedo pagarte.

–Ya me pagarás más adelante, cuando tengas dinero.

–¿Y si nunca tengo dinero? ¿Entonces qué? Podría

aprovecharme de tu hospitalidad. A menos que...

–¿Qué?

–No, olvídalo. Es una bobada.

–Dímelo –insistió Ty.

–Estaba pensando que a lo mejor necesitas una cocinera...

–¿Sabes cocinar?

–Soy medio italiana, claro que sé cocinar.

Lo único que Ty disfrutaba más que una mujer guapa era una comida casera. Desgraciadamente, odiaba cocinar y la comida que hacía su madre siempre sabía a cartón.

–¿De qué estamos hablando? ¿Cena o desayuno también?

–¿Quieres que te haga el desayuno?

–Claro que sí. El desayuno es la comida más importante del día. Y yo diría que desayuno y cena todos los días pagarían el alquiler, ¿no? Para ser justos, tú deberías quedarte en la casa y yo en el apartamento de arriba.

–No, no, el apartamento está bien –sonrió Tina–. No me hace falta mucho espacio.

–Muy bien. Entonces, de acuerdo.

–¿Y sigo teniendo el trabajo?

–Por supuesto.

–¿No vas a cambiar de opinión?

–No.

–¿Y seguro que no vas a pedirme que me acueste contigo?

Eso era lo único de lo que Ty estaba completamente seguro.

–No voy a pedirte que te acuestes conmigo.

–¿Me lo prometes? –preguntó Tina.

–Sí, Tina DeLuca, te lo prometo.

Capítulo Cuatro

La cocina olía a café recién hecho.

Ty se dio la vuelta en la cama, abriendo un ojo para mirar el despertador. No sería raro que su madre hubiera ido a hacerle el desayuno, pero ¿a las siete de la mañana?

Bostezando, se rascó el torso, pero hizo una mueca al sentir el escozor en la piel. Eso le recordó el fiasco de la noche anterior. Entonces olió algo, algo delicioso, y se dio cuenta definitivamente de que no era su madre la que estaba en la cocina.

Beicon. Era beicon. Y, a pesar de que había dormido menos de seis horas, en un segundo se levantó de la cama. En diez minutos se había duchado, afeitado y vestido y estaba bajando la escalera.

Tina estaba frente a la cocina, moviendo algo en una sartén con una cuchara de madera. Y lo recibió con una sonrisa.

Cuando llegaron a casa era cerca de la una y media de la mañana, pero parecía descansada. Tenía el pelo mojado y sujeto en una coleta, pero algunos mechones le caían sobre la cara. Con vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta rosa, no parecía tener más de dieciséis años. Y era mona. Muy mona.

Pero él no tenía sudores fríos y los latidos de su corazón eran normales.

Por el momento, bien.

–Buenos días –lo saludó Tina–. Espero que no te importe que haya entrado en la casa. Quería hacer el desayuno.

–Me parece muy bien –contestó Ty–. ¿Qué tal el apartamento? ¿Estás cómoda?

Ella dejó escapar un suspiro.

–De maravilla. No había dormido tan bien en varios días.

Ty se sirvió un café. Ni demasiado fuerte ni demasiado flojo. Estupendo.

–No había mucho en la nevera, pero espero que te gusten las tortillas.

–Yo como de todo. Cuando tienes una madre como la mía, o te

mueres de hambre o desarrollas un estómago de hierro.

Ella levantó una ceja.

–No puede ser tan mala cocinera.

–Es peor que mala. Pero lo hace con buena intención.

Tina lo miró, incrédula.

–He confeccionado un menú para ver si lo apruebas. Pero necesito ir al mercado.

Ty había pensado que Tina haría la comida y él se la comería sin protestar. No tenía ni idea de que pudiera elegir.

–Podemos ir por la tarde.

–Siéntate, ya casi está listo.

Ty la observó desde la mesa, prácticamente salivando mientras ella colocaba la comida en el plato: una tortilla de queso, beicon y patatas fritas.

–Esto es increíble –rió, sintiéndose el hombre más afortunado del planeta.

Tina sonrió, orgullosa, y él se dio cuenta de lo importante que era para ella contar con su aprobación.

–¿Tú no tienes hambre?

–He comido algo antes de que te levantaras. No quiero molestar.

–No me molestas en absoluto. Lo único peor que comer la comida de mi madre es comer solo. Pregúntale a mi hermana. Siempre estoy buscando excusas para comer con ella y con su prometido –dijo Ty, señalando una silla–. Siéntate, venga, hazme compañía.

Tímidamente, Tina se sentó a su lado. Estaban muy cerca. Ty respiró el aroma de su champú y su pulso se aceleró levemente.

«Piensa en ella como una hermana pequeña», se dijo a sí mismo.

–Bueno, Tina DeLuca, háblame de ti. ¿De dónde eres?

–De Filadelfia.

–¿Siempre has vivido con tu tía?

–Sí, desde que mi madre se puso enferma. Cuando murió, dos años después, mi tía Louise se convirtió en mi tutora.

–¿De qué murió tu madre?

–Tenía la enfermedad de Lou Gehrig.

–Ah, lo siento.

Parecía entristecido. Pero lo que a Tina lea entristecía de verdad era que los recuerdos de su madre poco a poco empezaban a

desvanecerse.

–Mi tía Louise fue muy buena conmigo. Por eso, cuando tuvo la embolia, quise cuidar de ella. Entonces tenía doce años, pero aprendí a limpiar y a cocinar. Cuando tenía diecisiete, tuvo la segunda embolia y necesitaba cuidados veinticuatro horas al día, así que dejé el instituto para estar a su lado.

Ty tomó un sorbo de café y siguió comiendo con gusto, con el entusiasmo de un hombre que no había tomado una comida casera en mucho tiempo. Tina se alegraba de poder hacer algo por él. Prácticamente le había salvado la vida dándole un trabajo y un techo. Temblaba al pensar dónde podría estar de no ser por la amabilidad de Mae y Tyler Douglas.

–¿No terminaste el instituto?

–Lo hice después, a distancia. Durante varios años, Internet fue mi única conexión con el mundo exterior.

–¿Porque estabas cuidando de tu tía?

–Sí. Mi primo Ray me prometió que, cuando ella muriese, me daría la casa y la mitad del dinero. Aunque yo no lo hacía por dinero, claro. Mi tía había hecho mucho por mí y por mi madre y yo quería devolvérselo.

–Pero te mintió –dijo Ty.

–Sí, me mintió. Dos semanas después de morir mi tía, puso la casa en venta y me pidió que fuese «amable» con él.

–Qué asqueroso.

–Yo le dije que ni muerta y él contestó que no tenía elección, que yo era suya.

–¿Y qué pasó?

–Lo intentó, pero yo lo detuve.

–¿Cómo?

Tina se mordió los labios.

–Te vas a reír.

–Te juro que no me reiría de algo así.

–Pues... le di un golpe en la cabeza. Con una sartén.

Ty intentó disimular una risita.

–Una sartén de hierro –añadió Tina.

Ty tenía que hacer un serio esfuerzo para no reírse.

–Estaba persiguiéndome por toda la casa, pero es muy gordo así que pude escapar. Me metí en la cocina, tomé una sartén y le di un

golpe en la cabeza. Cayó al suelo con tal fuerza que sacudió toda la casa. Era como un dibujo animado de esos del coyote y el correcaminos.

Ty dejó de sonreír.

–La verdad es que suena gracioso, pero seguro que no lo fue para ti. Debiste de pasar mucho miedo.

–No, más que nada me dio asco. Tuve miedo después de darle con la sartén. Al principio, pensé que estaba muerto. Cuando me di cuenta de que respiraba, imaginé que se pondría furioso y llamaría a la policía, así que metí un par de cosas en la mochila y me marché corriendo. Tenía un par de pistas sobre el paradero de mi padre y pensé que lo encontraría, pero se me acabó el dinero antes de lo que creía y aquí estoy.

–¿Y todas tus cosas están en Filadelfia?

–Si volviera a buscarlas, mi primo haría que me detuvieran.

–Después de intentar violarte, dudo que la policía le diera la razón a él –suspiró Ty, dejando la servilleta sobre la mesa–. El desayuno estaba riquísimo. Gracias.

Cuando le sonrió, Tina sintió algo por dentro. Y se preguntó si sabría lo guapo que era.

–Eres medio italiana. ¿Y la otra mitad?

–Mi madre decía que mi padre era hispano.

–¿No les conociste?

–Ni siquiera sabe que existo. Mi madre lo conoció durante un permiso, cuando estaba en el ejército. Sólo estuvieron juntos un fin de semana, pero decía que lo amaría para toda la eternidad porque le había dado el regalo más precioso del mundo: yo.

–¿Tu madre te contó todo eso?

–No, en realidad lo leí en su diario –suspiró Tina–. Cuando se puso enferma empezó a escribir un diario sobre su vida para que no la olvidase.

–¿Cómo dices que se llama tu padre?

–Martín López.

Ty se levantó para llevar su plato al fregadero.

–¿Y dices que vive aquí?

–He encontrado un Martín López en Chapel, pero no sé si es mi padre. Sólo sé su nombre, su fecha de nacimiento, que nació en Texas y que estuvo en un campamento de instrucción del ejército

hace veintidós años.

Ty volvió a llenar su taza de café.

–Pues ya tienes algo.

–Ya, pero no te puedes ni imaginar cuántos Martín López hay en este país.

–Si estuvo en el ejército, allí deben de tener su informe, ¿no?

–Pero no han querido darme información. Me trataron como si fuera una espía rusa o algo así.

–¿Te has puesto en contacto con alguno de esos hombres?

–Encontré tres posibilidades. Los primeros dos Martín López no eran mi padre, el tercero parecía prometedor, pero tenía una dirección antigua. La gente que vive ahora en su casa me dijo que los López no habían dejado una dirección, pero estaban seguros de que vivían cerca. Y así he llegado hasta el Martín López que vive en Chapel.

Ty se apoyó en la encimera, con un pie cruzado sobre el otro, como un dios rubio. En vaqueros, con la camisa de franela por encima del pantalón, estaba guapísimo. Había pensado mucho en él por la noche, en su habitación. Se había quedado despierta mucho rato, mirando el techo, pensando en Tyler Douglas. Recordaba lo que había sentido cuando la abrazó en la ducha... Era sólido y seguro, no una amenaza.

Pero era mayor que ella y más sofisticado. Para él, sólo era una niña.

–Voy a hacer unas llamadas, a ver si averiguo algo.

–No quiero que llames al detective –dijo Tina.

Ty echó el resto del café al fregadero y lavó la taza.

–No hace falta. Me dedico al negocio inmobiliario. Si tu padre tiene una casa, debe haber una hipoteca. No creo que sea difícil encontrarlo.

–¿Cuánto tardarías?

–Un día o dos –contestó Ty, como si no tuviera importancia.

Para ella, la tenía toda.

En un día o dos podría dar por terminada una búsqueda que había durado dos años y la había llevado a cientos de kilómetros de su casa. Podría encontrar a la única persona en el mundo a la que podía importarle algo. Tener una familia.

Estaba claro: Tyler Douglas era su héroe.

Eran casi las cuatro cuando Ty aparcó la furgoneta frente a la casa y caminó hacia la puerta alegremente. Iba a hacer a Tina una mujer feliz.

«Chica», se recordó a sí mismo. Una chica feliz. Era mejor pensar en ella como una chica, demasiado joven e ingenua. Y él ya tenía edad suficiente como para saber eso.

Abrió la puerta y entró en casa, frotándose las manos para entrar en calor.

–¡Tina! –gritó para alertarla de su presencia. No quería arriesgarse a que volviera a rociarlo con un spray de pimienta.

–¡Estoy limpiando la bañera!

Ty siguió el sonido de su voz hasta el cuarto de baño, fijándose en los progresos. Las persianas estaban limpias, el suelo de la cocina inmaculado, los cristales transparentes. Y cuando entró en el baño, el suelo estaba tan brillante que casi tuvo que ponerse las Ray-Ban.

De rodillas frente a la bañera estaba Tina, frotando vigorosamente con un estropajo.

La repentina punzada de deseo al ver aquel redondo trasero fue seguida por una punzada de aprensión. Si no tenía cuidado empezaría a entrarle el sudor frío.

Lo había pillado con la guardia bajada, eso era todo. Podía controlarse.

–Todo está muy limpio.

–Gracias. Ya he terminado –Tina se incorporó, limpiándose la frente con el antebrazo.

Tenía la cara colorada, los ojos brillantes. Y estaba guapísima.

Ty sacó un montón de billetes del bolsillo y contó tres de veinte.

–He pensado que preferirías dinero en efectivo.

Ella se quitó los guantes y los tiró en un cubo.

–Pensé que ibas a pagarme el sueldo mínimo.

Sí, eso era cuando intentaba no darle el trabajo.

–Dije «casi» el sueldo mínimo. A la última señora de la limpieza le pagaba siete dólares por hora.

–Pero esto son siete cincuenta a la hora. No quiero que me pagues más de lo normal porque te doy pena.

–¿Quieres aceptarlo, por favor? Te lo has ganado –suspiró Ty,

poniendo el dinero en su mano.

–Gracias –murmuró ella, guardando los billetes en el bolsillo del pantalón.

Tyler estaba deseando contarle lo que había averiguado sobre su padre. Sabía que eso la haría feliz. Considerando lo que había tenido que pasar la pobre, se merecía un poco de felicidad.

–¿Nos vamos?

–Sí, claro –contestó ella, tomando su chaqueta–. ¿Y qué pasa con todo eso? –preguntó luego, señalando los productos de limpieza.

–Los llevaré a otro edificio cuando hayan terminado los pintores –contestó él–. ¿Tienes algún plan para esta noche?

–Tengo que hacer la cena. Y eso significa que antes tendremos que ir al supermercado. Además, me gustaría pasar por el restaurante de Mae para pagarle lo que le debo.

Ty cerró la puerta de la casa y señaló la furgoneta.

–Yo estaba pensando que podríamos cenar fuera.

–¿Por qué? –preguntó ella, levantando una ceja.

No podía soportarlo más. Ty sacó del bolsillo el papel con la dirección de Martín López y se lo dio.

–Así tendremos tiempo para ir.

Tina se quedó mirando la dirección durante largo rato. Cuando por fin lo miró, tenía lágrimas en los ojos.

–¿Estás seguro de que es él?

–Sí, y vive a menos de dos kilómetros de mi casa. Qué raro, ¿verdad?

–Sí.

–¿Quieres que vayamos?

Ella se pasó una mano por el pelo.

–Es que estoy hecha un asco.

–Pasaremos antes por mi casa para que te cambies.

–Ojalá tuviera algo más bonito que ponerme. Cuando me fui de casa, tomé sólo lo más necesario. No tengo más que vaqueros...

–¿Si quisiera comprarte un vestido me dejarías?

Tina sonrió.

–No, pero gracias.

–Tina, si este hombre es tu padre, le dará igual lo que lleves puesto.

Una hora después, iban hacia la casa de Martín López. Tina iba mirándose en el espejo retrovisor. A veces odiaba tener el pelo rizado... casi siempre. Era una melena rebelde que nunca quería quedarse en su sitio. Cada vez que intentaba alisársela, terminaba con el pelo tieso. Nunca podría tener una de esas melenas lisas, brillantes y sofisticadas que estaban tan de moda.

Era tan... rebelde.

Tina le sacó la lengua al espejo.

–Odio mi pelo.

–Tienes un pelo muy bonito –dijo Ty–. Es que estás nerviosa.

Lo estaba. Tan nerviosa que le temblaban las manos. Había estado nerviosa cuando fue a visitar a los otros, pero no tanto como en aquella ocasión. Quizá porque era el último de la lista. Su última oportunidad. Tenía que ser él.

–¿Y si no le gusto? ¿Y si no quiere reconocer que soy su hija? ¿Y si le digo quién soy y me dice que me pierda?

–Eso no va a pasar –sonrió Ty.

Ojalá ella pudiera tener la misma confianza.

–Ya hemos llegado –dijo poco después, deteniendo la furgoneta frente a una casa de ladrillo. La luz del porche estaba encendida, como si los residentes estuvieran esperando compañía. Empezaba a oscurecer, pero Tina vio que la casa estaba bien cuidada y había dos coches nuevos aparcados delante.

–No puedo creer que sea él.

–¿Quieres que me quede en la furgoneta?

La idea de llamar sola a la puerta... le temblaban tanto las piernas que estaba segura de que no iba a llegar.

–Sé que es mucho pedir, considerando todo lo que ya has hecho por mí, pero ¿podrías venir conmigo?

Ty sonrió.

–Claro que sí.

Mientras iban hacia la casa, Tina casi podría haber jurado que todo ocurría a cámara lenta. Le temblaban tanto las piernas que tropezó con los escalones del porche.

Él la tomó del brazo.

–Tranquila, todo va a ir bien.

Luego llamó al timbre. A ella le pareció que pasaba una

eternidad hasta que oyó pasos y contuvo el aliento mientras se abría la puerta.

–¿Sí?

Una mujer los miraba desde el interior de la casa. Era hispana y debía de tener unos cuarenta y cinco años. Iba vestida con un traje de chaqueta, como si acabara de llegar del trabajo.

Ty la rozó con el codo pero Tina no podía abrir la boca. Por fin, él dio un paso adelante.

–Hola me llamo Tyler Douglas y ella es mi amiga Tina DeLuca. Estamos buscando a Martín López.

–Tyler Douglas. Tienes una inmobiliaria, ¿no? –sonrió la mujer.

–Sí.

–Martín es mi marido.

–¿Podríamos hablar con él? No le robaremos mucho tiempo.

–Pues... es que íbamos a cenar...

–Por favor –dijo Tina repentinamente. Había llegado hasta allí. No podía volver sin ver a aquel hombre. Tenía que saber si había encontrado a su padre–. Es muy importante.

La señora López debió de ver su desesperación porque los dejó pasar.

–¡Marty, tienes visita!

Tina y Ty entraron en el salón, decorado con colores alegres. La televisión estaba encendida en un canal de noticias local, pero todo desapareció cuando Martín López entró en la habitación, secándose las manos con una toalla. Era mayor de lo que había esperado, quizá porque seguía imaginando al joven que describía su madre en el diario. Y había algo familiar en él, algo que hizo que su corazón latiera con fuerza. Estaba mirando un rostro que era parecido al suyo. Ty debía de haberlo notado también porque le apretó el brazo.

–Marty, voy a ver cómo va la cena –dio la señora López.

Martín sonrió.

–¿Que querían?

Con el corazón latiendo como si quisiera salirse de su pecho, Tina dio un paso adelante.

–Hola, me llamo Tina DeLuca. Y creo que soy su hija.

Capítulo Cinco

–Debe de estar equivocada, señorita –dijo Martín López, más que sorprendido–. Sólo tengo una hija y se llama Lucy.

¿Significaba eso que tenía una hermanastra?, se pregunto Tina. ¿Una familia de verdad?

–Sé que parece una locura, pero ¿estuvo usted en el ejército hace veintidós años?

El hombre arrugó el ceño.

–A ver, hace veintidós años estaba terminando el campamento de instrucción, sí.

No podía ser una coincidencia. Tenía que ser él.

–¿Y estuvo en Filadelfia, visitando a unos amigos?

–Sí, durante una semana.

–¿Recuerda a una mujer llamada Carmela DeLuca?

Él negó con la cabeza.

–No me suena.

Tina sacó una fotografía de su madre. Estaba de pie, en los escalones de su casa. Tina era una niña pequeña y su madre la tenía en brazos.

–¿No la recuerda?

Martín estudió la fotografía durante unos segundos.

–Sí, la verdad es que me resulta familiar. ¿Trabajaba en un restaurante?

–¡Sí! –exclamó ella, emocionada. Sin poder evitarlo, la esperanza de tener una familia, un padre que le diera consejos, una hermana con la que hablar, parecía casi posible.

–La recuerdo. Entré allí para tomar un café y estuvimos charlando un rato. Cuando terminó de trabajar me ofrecí a acompañarla a casa porque era muy tarde.

Tina no sabía cómo hacer la siguiente pregunta:

–¿Y lo invitó a entrar en su casa?

–No, la dejé en la puerta –contestó él–. El día siguiente lo pasé con unos amigos y luego me marché a casa.

–Pero ella escribió sobre usted en su diario –dijo Tina, con el corazón encogido–. Decía que habían pasado el fin de semana juntos, que se enamoraron.

Martín se encogió de hombros.

–Lo siento. No sé por qué diría eso su madre. Le aseguro que no es verdad. Lamento decepcionarla, pero yo no puedo ser su padre.

Ty entró en la casa con una bolsa de hamburguesas en la mano. Aunque Tina había dicho que no tenía hambre, debía comer algo.

Estaba tan triste cuando salieron de casa de Martín López... no había dicho una sola palabra durante el camino de vuelta. Una vez en casa, le dio las gracias y subió a su habitación. Ty le había preguntado si quería hablar y ella contestó que prefería estar sola. Pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que estar solo era lo último que querría una persona en esas circunstancias.

Tenía que ayudarla.

Con la bolsa en la mano, Ty subió la escalera que llevaba al apartamento y llamó a la puerta. Pero pasó un minuto antes de que abriera.

Iluminada desde atrás por la lámpara que había en la mesilla, el rostro de Tina estaba en sombras.

–Ya sé que no tienes hambre, pero te he traído algo de todas formas.

–No tenías por qué –dijo ella en voz baja.

–¿Puedo entrar?

Tina vaciló un momento antes de dar un paso atrás y Ty vio un montón de pañuelos arrugados sobre la mesa. O había estado llorando o se había resfriado de repente.

Tenía que decir algo, hacer algo para consolarla, pero no sabía qué.

No se había sentido más inútil en toda su vida.

Bueno, casi.

Tina se dejó caer en el sofá, con una expresión tan triste que se le partía el corazón.

–¿Puedo hacer algo?

Ella negó con la cabeza.

–Tengo miedo.

Esas palabras fueron como un mazazo para Ty. No podía quedarse allí sin hacer nada. Lo único que quería hacer, lo único que podía hacer era abrazarla.

Le pasó un brazo por los hombros y Tina apoyó la cara en su pecho, sollozando. Entonces Ty no se sintió tan inútil. A lo mejor sólo necesitaba no sentirse tan sola. Y estando a su lado, la ayudaba.

Aunque no era tan egoísta como para pensar en él, se percató de que estaba bien. Nada de sudores, nada de palpitaciones. En un solo día, Tina DeLuca había conseguido curarlo de su ansiedad.

Se sentía normal de nuevo.

E incluso podía abrazarla sin sentir ningún deseo sexual. Nunca había estado tan cerca de una mujer sin tener alguna torva intención. De hecho, nunca había sido amigo de una mujer. Saber que era amigo de Tina lo hacía sentirse... bien. Muy bien.

Como un hombre, por primera vez en muchos meses. Quizá en toda su vida.

–Seguramente pensarás que soy un caso perdido –murmuró ella poco después, cuando se hubo calmado un poco.

Él apartó el pelo de su frente. Era suave y olía a manzana.

–Lo que pienso es que has pasado dos semanas horribles y tenías que desahogarte.

–Cuando ese hombre entró en el salón, estaba convencida de que era él –murmuró Tina–. ¿Por qué mentiría mi madre?

–Quizá es él quien miente.

–¿Por qué iba a hacerlo?

–No lo sé –contestó Ty.

–Cuando estaba en séptimo, estudiamos genealogía. Yo lo odiaba. Teníamos que buscar la historia de nuestra familia, retrocediendo varias generaciones para hacer un árbol genealógico... Era un proyecto que duraba todo un semestre, pero yo no lo hice.

–¿Por qué no?

–Porque no podía. Mi tía Louise ni siquiera era tía mía de verdad. Era la segunda mujer del tío de mi madre. Ella no tenía información sobre la familia de mi madre y no sabía quién era mi padre, así que me suspendieron.

–Si hubieras hablado con el profesor, si le hubieras contado tu

situación, no te habría suspendido.

–Me daba vergüenza. Me dolía admitir que no tenía familia. Pero siempre tuve esa esperanza… La posibilidad de encontrar a mi padre algún día. Ahora esa esperanza ha desaparecido y no me queda nada.

Había tanto dolor en sus ojos que Ty tuvo que tragar saliva.

–¿Qué voy a hacer ahora? No tengo casa, no tengo familia, no tengo dinero. Ni siquiera tengo un título universitario para buscar trabajo… no tengo nada.

–Tienes una casa. Puedes quedarte aquí el tiempo que haga falta.

–No puedo quedarme aquí para siempre. Y no puedo dedicarme a limpiar toda la vida.

–Entonces, puedes ser cocinera. Podrías abrir un restaurante.

Ella lo miró, sonriendo. Y aunque tenía la nariz roja y los ojos hinchados, Ty pensó que no había visto una chica tan guapa en toda su vida. Ninguna mujer, y había conocido muchas, le había parecido nunca tan bella. Por dentro y por fuera.

Tina levantó una mano y la pasó por su cara suavemente.

El brillo de sus ojos, el deseo, el anhelo… Ty supo entonces que nunca volvería a verla como «una chica».

No tomó la decisión consciente de besarla. Sencillamente, pasó. Inclinó la cabeza, ella levantó la suya y sus labios se encontraron. Sus buenas intenciones se fueron por la ventana de inmediato. La deseaba, más de lo que nunca había deseado a ninguna mujer en toda su vida. Pero en lugar de perderse en el beso, se concentró en la suavidad de su pelo, en el sabor de sus labios, en el olor de su piel.

Sintió que iba a pasar cuando su corazón empezó a latir a toda velocidad, pero luchó contra ello. Le gustaba tanto besarla que se sentía él mismo otra vez. Había pensado que estaba curado. Había pensado que aquella vez sería diferente.

No era así.

Un minuto antes estaba besándola como si le fuera la vida en ello, un minuto después estaba de pie y Tina en el suelo. El pánico lo había dejado sin aire, le apretaba el pecho hasta que pensó que el corazón le iba a estallar. Respiraba demasiado rápido, tragándose el aire, pero sentía que se estaba ahogando. Se le nublaba la visión…

Sabía muy bien lo que le estaba pasando, pero no podía hacer

nada. Quería pararse, pero no podía dejar de pasear como un león enjaulado. El sudor manchaba su camiseta, pero estaba helado. La cabeza le daba vueltas y sabía que si no controlaba la respiración, si no se controlaba a sí mismo, iba a desmayarse o a ponerse enfermo.

Por mucho que razonara consigo mismo, por mucho que se recordara que era un simple ataque de pánico, no podía pensar racionalmente. Estaba seguro de que iba a pasar. Iba a morirse.

Estaba tan cansado de aquello, tan cansado del miedo, que casi deseaba morirse.

–Respira con esto.

Podía oír las palabras, pero sonaban a kilómetros de distancia. Luego Tina le puso una bolsa de papel en la cara y la sujetó sobre su nariz y su boca.

–Respira despacio, profundamente.

Ty cerró los ojos y respiró profundamente como le pedía. Un minuto después, el mareo empezaba a desaparecer y el dolor en el pecho había disminuido. Pero lo peor estaba por llegar. A causa del exceso de adrenalina, empezó a temblar. Violentamente. De tal forma que acabó sintiéndose como un fideo mojado.

Tina debió de darse cuenta de lo que iba a pasar porque lo llevó del brazo hasta el sofá antes de que se le doblaran las piernas.

Pero la humillación era tan intensa, tan insoportable que Ty volvió a sentirse enfermo. ¿Qué pensaría de él? Era horrible.

–Tengo que acercarme para ponerte estas mantas encima, ¿de acuerdo? –la oyó preguntar.

Él asintió. Le daba igual que se acercara, estaba helado, colocado en posición fetal. Y por mucho que lo intentase, no podía dejar de temblar.

Tina le puso unas mantas encima y las colocó alrededor de sus piernas.

–¿Así está mejor?

–Sí.

–Lo siento mucho –dijo ella entonces. Y su expresión de pena hizo que Ty quisiera vomitar. Pensaba que era culpa suya. Pensaba que la estaban rechazando otra vez.

–No –dijo, entre dientes–. No te disculpes por algo que no es culpa tuya.

–Si no te hubiera besado...

–Yo también te he besado. Y no es culpa tuya. Soy yo… soy defectuoso.

Tina se sentó en el sofá.

–¿Estos ataques de pánico te dan a menudo?

–¿Cómo sabes lo que son?

–Después de la primera embolia, mi tía también pasó por esto. Al principio me daba miedo, pensé que le estaba dando un ataque al corazón. Después de la tercera vez, empecé a reconocer los signos. Al final, el médico le puso una dosis pequeña de Valium y ya no volvió a ocurrir.

–A mí el Valium no me ayuda.

–A lo mejor debería marcharme. Si que yo esté aquí te disgusta…

–Ya te he dicho que no eres tú. Estar con una mujer, cualquier mujer, me aterra –musitó Ty, pasándose una mano por los ojos. No quería contarle lo que le había pasado. Ya se sentía suficientemente humillado, pero si no lo hacía, Tina creería que era culpa suya. Además, estar con ella lo ayudaba–. No tiene nada que ver contigo. Me ocurrió algo y no he vuelto a ser el mismo desde entonces.

–¿Una experiencia traumática?

–Sí, muy traumática –contestó él, tapándose con la manta. Los temblores habían cesado, pero seguía teniendo frío. Y seguía sintiéndose mortificado.

–Quizá si me lo cuentas te sentirás mejor.

No se lo había contado a nadie, ni siquiera a Matt, su mejor amigo. Pero qué demonios, no podía sentirse más avergonzado de lo que ya estaba.

–Estuve con una mujer y no pude… no pude hacerlo.

Tina no dijo nada. No se rió de él. Sólo lo miraba, expectante, esperando que siguiera.

–Había tenido una semana horrible y lo único que me apetecía era salir de copas para olvidarme de todo, así que me fui con unos amigos por ahí. Luego me encontré con una chica con la que había salido en la universidad, a la que acababa de dejar su novio y quería acostarse con cualquiera para vengarse.

Tina levantó una ceja.

–Sé que suena un poco frívolo, pero la llevé a casa. Las cosas empezaron a ponerse calientes, pero supongo que yo había bebido más de lo que creía… Y por mucho que ella hiciera, no podía

funcionar. No se me levantaba.

–¿Y cómo se lo tomó?

–No muy bien.

Tina no le pidió detalles y él no los dio. Una cosa era hablar en general, otra ser especifico y decirle que se había reído de él y lo había acusado de ser gay. Y eso fue lo más suave. Se había puesto realmente grosera.

–Supongo que es lógico que se enfadara. Bajo su punto de vista, claro. La deja el novio y luego el primer chico con el que se acuesta también la rechaza –intentó defenderla Tina.

–Yo no la había rechazado –replicó Ty, incorporándose un poco. Se sentía mejor, quizá porque ella era tan comprensiva, tan racional. Había esperado compasión, pero no era eso lo que había en sus ojos.

–Supongo que antes de esa noche, nunca habías tenido problemas para... hacerlo.

–¡No! Siempre había funcionado bien. Mejor que bien. Nunca había recibido ninguna queja.

–¿Y has pensado en hablar con alguien sobre esto? ¿Un psicólogo, quizá?

–De eso nada. No necesito un psicólogo. Te lo he contado a ti, aunque no sé por qué, pero no pienso hablar con un completo extraño... tengo que resolverlo yo mismo.

–¿Y si no puedes?

Ésa no era una opción. Ty nunca se había enfrentado con un reto que no pudiera resolver, ni con una valla demasiado alta.

En el instituto siempre era el ganador de todos los campeonatos deportivos, terminó la carrera con honores y había ganado su primer millón a los veinticinco años. Aquello se le pasaría, estaba seguro. Estaba tardando más de lo que había esperado, pero se le pasaría.

–¿Eso te pasa sólo cuando estás con una mujer? Quiero decir, ¿también te pasa cuando... cuando lo haces solo?

Ty no podía creer que le hubiera preguntado eso. Hasta se puso colorado.

–Solo es la única forma en la que funciono.

–Entonces, físicamente todo está bien –dijo Tina–. Lo único que necesitas es librarte de la ansiedad.

Ojalá fuera tan fácil. Si pudiera chascar los dedos y librarse de aquello...

–No sé cómo hacerlo, la verdad.

–¿Y si yo te ayudo?

–¿Qué?

–Te sientes cómodo conmigo, ¿no? Bueno, mientras no nos besemos.

Sí, se sentía cómodo con ella. Más cómodo que con ninguna otra mujer. Sentía como si pudiera hablar con Tina libremente, como si no fuera a juzgarlo. Ella no lo vería como un hombre débil, como un hombre enfermo, de eso estaba seguro.

Ty asintió.

–¿Confías en mí?

–Hay niveles de confianza, Tina. Si me preguntas si confiaría en ti para que me regases las plantas en verano, te diría que sí. Pero si me pides que te confíe mi carpeta de acciones...

Ella soltó una risita.

–¿Crees que no haría nada que te hiciese daño?

–Sí –contestó él, sorprendido de sí mismo. Era tan dulce que no podía imaginar que quisiera herirlo a propósito. Ni a él ni a nadie. Con la posible excepción de su primo Ray que, en su opinión, se merecía algo peor de lo que había recibido.

–¿Y me encuentras atractiva?

Como si eso no fuera evidente.

–Tina, si no te encontrase atractiva, no estaríamos aquí hablando de esto.

Ella se mordió el interior del carrillo y luego sonrió. Y Ty tuvo la impresión de que estaba metido en un lío.

–Tienes suerte, porque creo que sé exactamente lo que necesitas.

Capítulo Seis

–¿Que quieres hacer qué?

–Desensibilizarte.

Considerando la expresión escandalizada de Ty, aquello iba a ser más difícil de lo que había pensado. Para que funcionase, tendría que dejarle el control y estaba claro que a él le gustaba controlarlo todo. Además, era una persona muy sexual, tenía que serlo para que ese incidente lo hubiera afectado de tal forma. Pero seguramente estaría desesperado por solucionarlo de una vez.

Tina estaba segura de que si la escuchaba vería que su idea podía funcionar.

–Me da miedo preguntar qué significa eso.

–En pocas palabras, tendrás que «desaprender» todo lo que sabes sobre el sexo y empezar de cero.

–¿Y cómo se hace eso?

–Podríamos empezar por lo básico, como darnos la mano. Y cuando darnos la mano deje de ponerte ansioso, daremos otro paso.

Él arrugó el entrecejo.

–¿Otro paso?

–Sentarnos juntos, por ejemplo, uno al lado del otro. Seguramente, besarnos sería lo siguiente.

Y Ty sabía besar. Besaba como para dejar a una chica sin aliento.

–¿Y luego? –preguntó él.

–Tocarnos.

Ty la miró, intrigado.

–¿Quién tocaría, tú o yo?

–Los dos –contestó Tina. La idea de tocar a Ty o ser tocada por él hacía que sintiera un cosquilleo por dentro. Si era tan hábil con las manos como lo era con la boca, aquello podría ser muy interesante.

Él se aclaró la garganta.

–¿Y dónde nos tocaríamos exactamente?

Tina se encogió de hombros.

–Supongo que por todas partes –contestó, como sin darle importancia–. Pero eso sería más adelante, mucho más adelante. Tendríamos que ir muy despacio.

Entonces vio que él tragaba saliva.

–¿Y cuando nos hayamos tocado por todas partes, qué? ¿Hasta dónde piensas llevar esto?

¿Hasta dónde? Tina no había querido conservarse virgen para el matrimonio o para el hombre de su vida. Las circunstancias la habían mantenido virgen y no tenía prisa por dejar de serlo ni por seguir siéndolo. Siempre había pensado que lo haría cuando llegase el momento, cuando estuviera lista.

–¿Por qué no vamos paso a paso?

Eso debió de parecerle bien porque asintió con la cabeza.

–¿Por que harías esto por mí? –preguntó luego–. ¿Por qué quieres ayudarme?

–Porque tú me has ayudado a mí –contestó ella–. Así es como las cosas deberían funcionar, ¿no?

Ty echó la cabeza hacia atrás y se frotó los ojos. Su respiración había vuelto a la normalidad y estaba un poco menos pálido. Lo había convencido, pero ¿confiaría en ella lo suficiente como para aceptar su ayuda?

Tampoco tenía otra cosa que hacer, en realidad. Mientras lo ayudaba, tendría tiempo para pensar qué iba a hacer con su vida. Como encontrar a su padre era imposible, quizá era el momento de aceptar que estaba sola en el mundo.

–¿Qué dices?

Ty se apoyó en un codo.

–Aunque parezca increíble, lo que propones tiene mucho sentido. Pero no sé…

–Ty, dame la mano.

Él la miró, aprensivo.

–Sin presión, sin expectativas, sólo un simple roce.

Ty le dio la mano y ella no dijo una palabra, no movió un músculo. Dejó que se acostumbrara al roce de su piel. Al principio estaba tenso, pero después de unos minutos se relajó. Incluso acarició la palma de su mano con el dedo.

–¿Lo ves? Sólo tienes que liberarte de la presión. Ir despacito.

Ty no parecía muy convencido.

–¿Seguro que quieres hacer esto? Han pasado meses y estoy cada vez peor. No sé lo que tardaré en volver a la normalidad.

–Para serte sincera, lo más lejos que he ido con un chico es besarnos en el asiento trasero de un coche. Así que ir despacio no me importa.

Él la miró, incrédulo.

–¿Una virgen de veintiún años? No se ven muchas.

–Han sido las circunstancias, créeme.

–Si no me estuviera pasando esto, intentaría llevarte a la cama.

Y lo habría conseguido. Quizá no inmediatamente, pero casi enseguida. Esos ojos azules eran irresistibles.

Una semana, máximo, y habría sido como arcilla en sus manos.

–Curiosamente, me alegro de tener que esperar –dijo Ty entonces, acariciando la palma de su mano. Lo hacía tan suavemente que apenas era una caricia. Si no conociera su problema, pensaría que estaba intentando seducirla–. Me gustas mucho, Tina. Y me alegro de que podamos ser amigos.

–Si ésa es una frasecita aprendida, es muy buena.

–Yo creo que ya hemos pasado esa fase, ¿no te parece?

–¿Eso significa que aceptas el plan? –preguntó Tina.

Él rió suavemente.

–Estoy buscando una razón para decir que no, pero no encuentro ninguna. La verdad es que estoy harto de esto, estoy harto de sentirme como un hombre a medias. Quiero que se me pase, tenga que hacer lo que tenga que hacer. De modo que sí, acepto el plan.

–Qué bien huele eso –dijo Ty, mirando por encima del hombro de Tina para ver qué estaba cocinando. Si no hubiera sido por la conversación de la noche anterior, seguramente no se habría colocado tan cerca de ella... tan cerca que podía oler su champú. Pero estaba bien. Nada de mareos, ninguna angustia.

El miedo que lo había atenazado unos días antes se había convertido en esperanza. Podía hacerlo. Podía ganarle al miedo y ser un hombre normal otra vez.

La noche anterior estuvieron hablando hasta la madrugada. Cuando por fin se fue, ella lo acompañó a la puerta, sin soltar su

mano. Ty no había esperado un beso de buenas noches, ni siquiera un abrazo.

Se sentía un poco como si hubiera vuelto al colegio, cuando iba de la mano con las chicas en el patio. Por supuesto, entonces todavía le parecía un poco desagradable. Las chicas en general lo confundían a esa edad. En realidad, seguían confundiéndolo en muchos sentidos.

Excepto Tina. Ella no jugaba, ni fingía. No tenía motivos ocultos para hacer las cosas. Seguramente, era la persona más honesta y más auténtica que había conocido nunca.

Y una cocinera estupenda.

Pero cuando intentó probar lo que había en la cacerola, ella le dio un golpe en la mano.

–¡Ay! Venga, déjame probarlo.

–No, nada de eso. Ponte a hacer algo. Estoy cansada de sentir tu aliento en el cuello.

–No puedo evitarlo. Es una novedad para mí. Mi madre no sabe cocinar y mi hermana Emily lo intenta, pero le sale fatal.

Tina echó un poco de sal en una cacerola con agua y luego vació en ella una bolsa de pasta.

–¿Y tú qué? ¿Tú tampoco sabes cocinar?

–No, soy horrible. Es una cosa de familia, supongo.

Ty no sabía qué olía mejor, la pasta o Tina. ¿Qué sería más comestible? Sintiéndose valiente, puso una mano sobre su hombro. Ella lo miró, sonriendo, pero no dijo nada. Llevaba el pelo sujeto en una coleta que dejaba su cuello al descubierto y Ty estaba deseando besarlo. Estaba seguro de que, aunque aquella pasta sabría riquísima, ella sabría mil veces mejor.

Pero debía ir con cuidado. Podía tocarla, aunque sólo fuera tomar su mano. Podía sentarse cerca de ella y charlar sobre el trabajo, sobre cine, sobre lo que fuera... y no preguntarse qué iba a hacer para meterla en su cama.

El timbre del horno sonó en ese momento y, cuando Tina abrió la puerta, un delicioso olor a mantequilla y ajo despertó sus papilas gustativas. Ella se inclinó para sacar la bandeja y Ty tuvo que tragar saliva. Esos vaqueros le quedaban como un guante. Era diminuta, pero tenía buenas curvas... aunque resultaba difícil distinguirlas bajo las anchas camisetas que solía llevar.

Entonces se le ocurrió que, seguramente, no tendría mucha ropa. La mayoría de sus cosas seguían en Filadelfia.

Y quizá había llegado el momento de hacer algo al respecto.

–¿Por qué no pones la mesa?

Ty abrió un armario para sacar los platos.

–Estaba pensando... tengo que salir de viaje este fin de semana y podrías venir conmigo. Saldríamos el sábado, pasaríamos la noche fuera y volveríamos el domingo.

–¿Un viaje de trabajo?

–Sí, bueno... una disputa a causa de una propiedad.

Y un primo muy cerdo al que darle su merecido. Esperaba que el tal Ray se lo pusiera difícil para poder darle una lección. Él solía condenar la violencia, pero en aquel caso...

–Es un viaje de ocho horas, así que me gustaría tener compañía.

–Muy bien –sonrió Tina.

–Estupendo –Ty siguió poniendo la mesa y estaban sentándose para comer cuando sonó el timbre–. Ah, qué horror. ¿Quién será?

Mientras él iba a abrir, Tina sirvió dos platos de pasta. Después de trabajar habían ido al mercado y Ty la presentó a todo el mundo como una amiga. Mucho mejor que decir que era la señora de la limpieza, o su cocinera. Aunque no se avergonzaba de ganarse la vida, no quería que la gente pensara cosas que no eran.

Ella era joven e inexperta, pero no una ingenua. Sabía que Ty era una persona respetada y querida en la comunidad... y que no estaba a su alcance. La casa en la que vivía, aunque antigua, estaba completamente reformada y el interior había sido decorado por un profesional.

Ty obviamente tenía dinero y aquélla era una ciudad pequeña. ¿Qué pensaría la gente si lo viera saliendo con una empleada? ¿Y qué pensarían de ella?

Tina oyó voces y, cuando se volvió, vio a Ty en la puerta con una mujer mayor. Tenía el mismo pelo rubio y los mismos ojos azules, pero no había ningún otro parecido. Mientras Ty era una persona relajada, la mujer, con un traje de diseño, la miraba con gesto de superioridad. Llevaba el pelo sujeto en un moño que ni un huracán podría despeinar y una capa de maquillaje que le daba un aspecto hierático, casi sin vida. Parecía haber pasado demasiadas veces por la consulta del cirujano plástico.

La recién llegada miró a Tina de arriba abajo, sin disimular su desprecio. Un gesto que ya había visto en otra ocasión.

Porque esa mujer era una de las que estaban sentadas en el restaurante de Mae el día que no pudo pagar la sopa.

–Tina, te presento a mi madre. Mamá, Tina DeLuca.

Aquello no iba a resultar fácil. De todas las personas que podrían haber presenciado aquella situación tan humillante, tenía que ser precisamente la madre de Ty.

–Supongo que la sorprende verme aquí...

–Desde luego que sí –contestó la señora Douglas, sin disimular su desdén.

–¿Os conocéis? –preguntó Ty.

–Estaba sentada a mi lado el otro día, en el restaurante de Mae. Cuando no pude pagar la cuenta.

–No tenía dinero para pagar. Y no entiendo por qué la tienes en tu casa.

Aquello iba fatal.

Ty puso una mano sobre el hombro de su madre, intentando ser razonable:

–Ya te he dicho que es mi cocinera y lo que ocurrió en el Restaurante Mae fue un malentendido. Hemos ido esta tarde y le ha pagado lo que le debía.

La señora Douglas no parecía en absoluto pacificada por esa explicación.

–¿Ha pagado ella o has pagado tú?

–Ha pagado Tina –suspiró Ty, sin dejarse afectar por el tono de desaprobación.

–No entiendo que necesites una cocinera. Siempre puedes comer con tu padre y conmigo.

–Cocina para mí a cambio de alojamiento.

–¿Vive aquí? –exclamó la señora Douglas–. ¿Qué va a pensar la gente?

–Te preocupas demasiado por lo que piense la gente –dijo él, encogiéndose de hombros–. Mira, mamá, estábamos a punto de cenar, así que te acompaño a la puerta.

La señora Douglas fulminó a Tina con la mirada antes de salir de la cocina y ella se dejó caer sobre la silla, frustrada. No había hecho nada para ganarse la antipatía de esa mujer, pero se sentía culpable

de todas formas. Unos minutos después, Ty volvió como si no hubiera pasado nada.

–Lo siento. Mi madre a veces es muy pesada.

–No le gusto.

–Se le pasará. Venga, vamos a cenar.

La actitud de Ty no consiguió apaciguar su sentimiento de culpa, aunque no sabía por qué se sentía culpable. Aquella mujer la había hecho sentirse... sucia, como si tuviera algo de qué avergonzarse.

Tina no se sentía avergonzada de su pasado y no necesitaba que le recordasen que no estaba a la altura de Ty. Pertenecían a mundos diferentes, eso estaba claro.

–Esto está buenísimo –sonrió él, con la boca llena–. ¿No vas a comer?

Tina negó con la cabeza. Había perdido el apetito.

Capítulo Siete

Ty no era el tipo de hombre que obliga a una mujer a hacer algo contra su voluntad. De hecho, solía convencerlas para que hiciesen lo que él quería. Pero sabía que si le decía a Tina adonde iban, sería imposible convencerla para que subiera a la furgoneta. Y por eso no se lo había dicho.

El otoño estaba en pleno apogeo y un caleidoscopio de rojos, naranjas y amarillos vibrantes pasaba frente a sus ojos a toda velocidad mientras recorrían la autopista. Llevaban una hora en la carretera cuando Tina le preguntó adónde iban exactamente. Y cuando Ty se lo dijo, ella exigió que volvieran a Chapel.

–No quiero ir a Filadelfia –insistió, apretando su mano. Habían ido de la mano casi todo el camino. De hecho, solían ir de la mano todo el tiempo. Ty se decía a sí mismo que era parte del proceso de curación pero, en realidad, le gustaba estar cerca de ella. Le gustaba tocarla.

Probablemente, le gustaba demasiado y, por alguna razón que no podía entender, eso no le daba miedo. Él no solía dejar que una mujer se metiera demasiado en su corazón, ni en su vida.

Pero Tina lo había hecho.

–Dijiste que era un viaje de trabajo.

–Y lo es. El trabajo que nos va a costar sacar tus cosas de casa.

–¿Y si me detiene la policía?

–No van a detenerte, boba. Además, yo no dejaría que nadie te hiciera daño.

–No quiero ir, Ty.

–Ven aquí –dijo él, tirando de su mano–. Siéntate a mi lado.

Fueron así durante todo el viaje. Habían hecho eso por la noche, sentarse en el sofá, muy cerca, para ver una película. A Ty le gustaba el olor de su pelo, el calor de su cuerpo. Se pasó la mitad de la película mirando de reojo cómo su pecho subía y bajaba cada vez que respiraba.

Aunque, racionalmente, sabía que todo era parte del proceso

curativo, su cuerpo había tardado algún tiempo en acostumbrarse a la idea. Al principio, su corazón empezó a latir a un ritmo desenfrenado y su frente se cubrió de sudor, pero poco a poco empezó a relajarse.

Luego, cuando la acompañó a su habitación, se dio cuenta de que era la primera vez que veía una película con una chica... hasta el final. Aunque le gustaba mucho el cine, el sexo solía interponerse en su camino.

Que pudiera pasar tiempo con una mujer sin hacer nada le gustaba. Se sentía orgulloso de sí mismo.

–¿Y si mi primo ha tirado todas mis cosas?

–Entonces, tendrá que reemplazarlas.

–Me siento tan rara volviendo a Filadelfia... Cuando me marché, pensé que sería para siempre.

–¿No lo echas de menos?

Ella se encogió de hombros.

–No. Mi vida no ha sido precisamente interesante. Mi vida, mis amigos, estaban en Internet. Eso es lo único que echo de menos. Eran mi vínculo con el mundo exterior. Pero cuando me marché, no pude llevarme el ordenador.

–Deberías habérmelo dicho. Yo tengo un ordenador en casa.

–No pasa nada. En realidad, no he tenido tiempo. Pasamos demasiado tiempo juntos y...

–¿Demasiado?

–No, no quería decir eso –sonrió Tina–. Prefiero una persona de carne y hueso antes que un e-mail o un chat. Y me gusta estar contigo. Me siento cómoda.

–No excitada o apasionada –bromeó Ty–. Sólo cómoda.

No, pensó Tina, la parte apasionada también estaba allí. Él la intrigaba y la excitaba a la vez. Lo único bueno de todo aquello era saber que iban a ir despacio, muy despacio. De otro modo, no habría sido capaz de controlar a un hombre así.

–Yo nunca he sido muy dada a las aventuras y me gusta la tranquilidad. Sé que esto haría salir corriendo a la mayoría de los hombres, pero creo que sería muy feliz como madre y esposa. No tengo ilusión por hacer una carrera universitaria y ningún trabajo me parece más emocionante que criar a tus hijos. Además, siempre he querido una familia –cuando Ty no dijo nada, Tina levantó la

mirada–. ¿Lo ves? Te he asustado.

–No, yo también creo que la familia es importante. Pero tienes razón, cuando salgo con una chica y empieza a hablar de casarse y tener niños, yo suelo salir corriendo.

–¿Por qué?

–Porque no estoy preparado para sentar la cabeza. Algún día me gustaría formar mi propia familia, desde luego. Pero supongo que lo sabré cuando llegue el momento.

Y Tina no dudaba que haría muy feliz a alguna mujer. Tyler Douglas era una persona amable, considerada, generosa y honesta. Seguramente, antes era un mujeriego, pero estaba segura de que cuando eligiese una mujer para pasar el resto de su vida, le sería fiel. Era una pena que perteneciesen a mundos tan diferentes porque podría enamorándose de Ty. Incluso podría amarlo ya un poco.

Tina suspiró, mientras apoyaba la cabeza sobre su hombro. Al hacerlo, el aire de la calefacción levantó su pelo y eso despertó un recuerdo de su madre. Iban en un coche, en invierno. El vinilo del asiento estaba tan frío que iba tiritando. Entonces era muy pequeña, pero se recordaba a sí misma echándose hacia delante para poner las manos sobre el respiradero de la calefacción. A su lado, su madre sonreía y canturreaba una canción mientras conducía. Incluso estando enferma, siempre tenía una sonrisa para ella.

Aunque Tina sabía que estaba enferma, en realidad no supo hasta qué punto hasta que ya era demasiado tarde. Al principio no parecía enferma, pero llegó el día en el que su madre ya no podía correr con ella por el jardín. Se sentaba en los escalones del porche, riendo y aplaudiendo mientras ella jugaba en la hierba.

Después, ya ni siquiera podía salir al porche. Se tumbaba en el sofá para ver la televisión o escuchar la radio. No podía arropar a Tina por las noches ni cantarle canciones... Su tía Louise lo intentaba, pero ni se sabía las canciones ni tenía una voz angelical. Más bien parecía una rana. Y cuando le leía cuentos, no cambiaba de voz para cada personaje como hacía su madre.

Por fin, un día dejó de levantarse de la cama. Parecía muy pequeñita, muy pálida, su piel casi transparente. A Tina le daba miedo tocarla porque pensaba que iba a hacerle daño. Una enfermera iba a atenderla cada día, pero cuando abría los ojos no

parecía ver nada. Luego dejó de abrirlos, dejó de pronunciar su nombre.

–Ya falta poco –le había dicho su tía. Y Tina supo a qué se refería. Su madre iba a irse al cielo, con su abuelo y su abuela.

No recordaba mucho del día que murió, ni siquiera del funeral. Sólo que el vestido que le pusieron le picaba y los brillantes zapatos negros de charol le hacían daño. No recordaba haberse sentido particularmente triste, pero debía de estarlo. Aunque también sabía que, en el cielo, la gente ya no estaba enferma, ni sufría. Flotaban alrededor sobre una nube blanca, felices y contentos para siempre. A veces, se tumbaba en la hierba y miraba el cielo durante mucho rato por si veía a su madre. Quizá el concepto de la muerte era demasiado complejo para una niña tan pequeña.

No había empezado a echar de menos a su madre hasta más tarde, cuando a los diecisiete años tuvo que cuidar de su tía.

Y en momentos como aquél, cuando se daba cuenta de que no tenía a nadie en el mundo. La gente que tenía una familia no sabía lo afortunada que era.

–Estás muy callada –dijo Ty–. ¿En qué piensas?

–En la familia. ¿Tú te llevas bien con la tuya?

–Emily y yo somos mellizos, así que imagínate. Y suelo ver a mis padres un par de veces por semana. A veces se ponen un poco insoportables, pero son buena gente. Y siempre fueron más duros con Emily que conmigo.

–¿Por qué?

–Porque ella no era lo que esperaban. Mi madre quería una niña para ponerle vestiditos y lazos y Emily siempre fue un chicazo. Cuanto más intentaba cambiarla mi madre, más bruta se ponía mi hermana. Siempre se han llevado fatal.

–¿Tu madre nunca intentó cambiarte a ti?

–No le hizo falta. Yo siempre hice lo que se esperaba de mí. Sacaba buenas notas en el colegio, era bueno en los deportes, nunca me metía en líos. Era un niño ideal.

–Parece que te esforzabas por conseguir su aprobación.

–Eso es lo raro –suspiró Ty–. Yo nunca me esforcé. Todo me salía de forma natural.

¿Por qué no la sorprendía? Tyler Douglas era perfecto. Por supuesto, la gente perfecta nunca lo era del todo. Todo el mundo

tiene algún defecto. Irónicamente, su infalible confianza era seguramente su peor enemigo.

–Eres el chico de oro, ¿no?

–Algo así, aunque admitirlo hace que me sienta como un engreído.

–Pero explica muchas cosas.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, que no sepas adaptarte a circunstancias adversas. O que lo que te pasó fuera una experiencia tan traumática.

Ty arrugó el ceño. Parecía… dolido. Ah, de modo que también tenía un lado vulnerable. Quién lo hubiera dicho.

–¿Has tenido que esforzarte de verdad por algo en la vida?

–Oye, que yo trabajo mucho.

–No me refería a eso. Quiero decir, ¿alguna vez te has enfrentado a algún problema que no pudieras resolver? Antes de lo que te pasó con esa chica, ¿alguna vez te habías sentido como un fracasado?

–No, la verdad es que no –contestó él, después de pensárselo un momento.

–¿Nunca suspendiste nada en el colegio? ¿Nunca te ha salido mal un negocio? ¿Nunca has hecho algo que decepcionara a tus padres?

–Cosas pequeñas, supongo. Pero nada importante.

–¿Ha muerto alguien importante para ti?

–Mi abuela murió cuando yo tenía tres años, pero no me acuerdo de ella.

–Antes de esa noche, ¿nunca habías fracasado en nada?

–No que yo sepa. No, creo que no.

–Entonces, cuando te pasó, no sabías cómo procesarlo. Eso es algo que la gente aprende durante la infancia. Tú nunca has podido aprenderlo porque tu vida es perfecta.

–Que te vaya bien en la vida debería ser algo bueno, Tina –replicó él, a la defensiva.

–Sí, pero a veces, cuando te pasan cosas malas, aprendes a apreciar las buenas.

Tenía razón, pensó Ty. En realidad, nunca había apreciado todo lo que le había dado la vida. Ni siquiera pensaba en ello porque las cosas siempre le resultaban fáciles.

–¿Quieres decir que por haber tenido una vida agradable no soy capaz de adaptarme?

–No, claro que no. Sólo que debes aprender a aceptar el fracaso.

–¿Te parezco una persona débil?

–No tiene nada que ver con la fortaleza o la debilidad –suspiró Tina–. Tienes que aprender lo que no aprendiste de niño.

–Haces que parezca muy sencillo.

–Yo no diría que es sencillo, pero tampoco es imposible.

Cuanto más lo pensaba, más cuenta se daba de que tenía razón. En lugar de lidiar con lo que le había pasado, la solución había sido ignorarlo. Y cuando ignorarlo no funcionó, no supo qué hacer.

¿Dónde estaría de no haber conocido a Tina? Le daban escalofríos al pensar qué sería de él si Tina DeLuca no hubiera entrado en su vida.

Pero estaba en ella y eso era lo único importante.

Capítulo Ocho

–Parece que no hay nadie en casa –murmuró Ty, observando la calle flanqueda por árboles.

Aunque no sabía mucho sobre el mercado inmobiliario en Filadelfia, imaginaba que aquella casa, en una de las mejores zonas de la ciudad, debía de valer un dineral, medio millón de dólares al menos, probablemente más. Y se preguntó si Tina sabría lo que su primo le había estafado.

–Estoy nerviosa –dijo ella, mirando por la ventanilla–. ¿Y si aparece mi primo de repente?

«Espero que lo haga», pensó Ty.

–Yo hablaré con él. Por el momento, vamos a buscar tus cosas.

Tina metió la llave en la cerradura... pero la puerta no se abrió.

–Ha cambiado la cerradura. Debería haberlo imaginado –murmuró, furiosa.

–¿Hay una puerta trasera? –preguntó Ty.

–¿No crees que también habrá cambiado esa cerradura?

–Seguramente, sí. Pero allí me verá menos gente dándole una patada.

–No, Ty, en serio. Prefiero que nos vayamos. No merece la pena que nos detengan por unos cuantos pantalones.

–No van a detenernos. ¿Tienes un permiso de conducir en el que parezca esta dirección?

Tina asintió.

–Entonces, vives aquí. Y tienes todo el derecho a entrar para buscar tus cosas.

–Hay un callejón en la parte de atrás...

Ty tomó su mano.

–Vamos.

–Vaya, qué bien, mi primo pensaba enviarlas a un albergue –suspiró Tina, abriendo otra caja. Como en las demás, dentro estaban

sus cosas, sobre todo ropa. El ordenador no aparecía por ninguna parte y el contenido de su escritorio estaba en un cubo de basura... páginas y paginas de información que había reunido mientras buscaba a su padre. Todas inútiles, todas en vano.

La casa estaba medio vacía. Los cuadros habían desaparecido de las paredes y la mayoría de los muebles también. Los armarios de la cocina habían sido vaciados por completo.

–Ray no ha perdido el tiempo –murmuró, entristecida–. No queda nada de mi tía Louise.

Por primera vez desde que su madre murió, se sintió como una huérfana.

–Ven aquí –dijo Ty, pasándole un brazo por los hombros.

Siempre sabía qué hacer, pensó ella, cerrando los ojos. Estando a su lado se olvidaba de su tristeza y, al mismo tiempo, anhelaba algo que no podía tener. Ty nunca sabría lo importante que era para ella y no podía decírselo. En lugar de hacerlo, enredó los brazos en su cintura bajo la chaqueta de cuero y se apretó contra él. Era sólido, estable, seguro.

Se sentía protegida. Incluso querida... de una forma amistosa.

–Me gustaría ayudarte, me gustaría saber qué hacer, pero no lo sé –dijo él, besando su pelo–. Me siento tan inútil...

Tina sabía que no debería, que seguramente todavía no había llegado el momento, pero no pudo evitarlo. Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Nunca se había imaginado a sí misma tomando la iniciativa, especialmente con un hombre como Tyler Douglas, pero quería que él diera el siguiente paso, que la besara.

Ty la miró, sus ojos carentes de la aprensión que Tina sospechaba debía de estar sintiendo.

–Eso ha estado bien.

–Sí, es verdad.

–¿Puedes hacerlo otra vez?

–¿Seguro que puedes? –preguntó ella, con el corazón acelerado.

Ty tomó su cara entre las manos.

–Creo que estamos a punto de enterarnos.

Tina apoyó los labios en su mejilla. Esta vez, un poquito más cerca de su boca. Él suspiró, con los ojos cerrados.

–Otra vez.

Tina se atrevió a besarlo en la comisura de los labios. Olía a aire

fresco, a café y a algo muy masculino. Un olor que ninguna colonia podría capturar.

Luego puso las manos sobre su camisa. A través de la tela, podía sentir los latidos de su corazón. Quizá estaba yendo demasiado lejos, pensó. El calor de su cuerpo, la dureza de sus músculos bajo el jersey, eran irresistibles.

–Eso me ha gustado –dijo Ty con voz ronca–. Vamos a hacerlo otra vez.

Cuando Tina iba a besarlo en la mejilla, él cambió de posición y sus labios se rozaron. Una ola de deseo la recorrió, haciendo que le temblaran las piernas, pero consiguió permanecer en pie.

Ty la besaba suavemente, apretándola contra su pecho, y todos sus órganos femeninos se pusieron en alerta. «Más», gritaba su cuerpo, «quiero más». Pero sabía que no debía apresurarlo. Si iba demasiado rápido, podría recaer. Ella debía ser la responsable, la que marcase el ritmo.

Pero los salvajes latidos de su corazón eran la señal de que aquello estaba escapando a su control. Tenía que frenar, encontrar fuerzas para apartarse. Pero cuando intentó dar un paso atrás, él la sujetó.

–Ty...

–Estoy bien. Ha sido justo lo que necesitaba.

«Justo lo que necesitaba» era una frase que Tina no sabía si pegaba en aquella relación. Porque cada vez que empezaban a besarse, esperaba el siguiente paso. Dada su falta de experiencia, debería estar un poquito nerviosa al menos. Pero no era así, todo lo contrario. Se sentía... voluptuosa.

–Nunca había besado así a una mujer. Ha sido... no sé, como con reverencia. ¿Eso suena estúpido?

–No suena estúpido en absoluto –contestó Tina. Para ella, el beso había sido muy erótico.

–No recuerdo la última vez que besé a una mujer... sin lengua.

¿Por qué no la sorprendía nada? ¿Qué mujer racional no querría tener la lengua de Ty en su boca?

Ella sí, desde luego.

–Está bien esto de que podamos hablar con claridad, ¿no? Nunca había hablado con una mujer como contigo.

¿Qué quería decir eso, que sólo eran amigos o que estaba

dándole a su relación un significado más profundo?

–A mí también me gusta.

Ty dejó escapar un suspiro.

–Pero supongo que deberíamos llevar todo esto a la furgoneta y buscar un sitio para pasar la noche.

–Sí, claro.

–¿Quieres que nos llevemos todas las cajas?

–No, sólo mi ropa y la caja de las fotografías.

–¿Segura?

–No quiero conservar nada más –contestó Tina–. Voy a mirar arriba para ver si queda alguna fotografía.

–Muy bien. Yo voy a ir llevando las cajas a la furgoneta.

Ty la vio subir al segundo piso, dejando que sus ojos resbalaran por sus piernas y su trasero.

Se había puesto duro en cuanto ella le había besado en la mejilla. Normalmente, así empezaba el ataque de pánico, pero aquella vez había sido diferente. Probablemente, porque sabía que Tina no iba a exigirle nada. Pero quería seguir besándola. Sabía tan bien, le gustaba tanto tenerla entre sus brazos... Pero también estaba bien que ella se hubiera apartado cuando lo hizo porque había estado a punto de dar un paso más... y no sabía adónde lo habría llevado eso.

Quizá a ningún sitio. O quizá debería intentarlo más tarde para enterarse.

Ty cargó con las cajas y, varios viajes después, se acercó al pie de la escalera.

–¿Tina?

–¡Bajo enseguida!

Apareció unos segundos después, con una caja en la mano. Mientras bajaba la escalera, sus pechos saltaban bajo la camiseta. Nunca se lo diría a la cara por miedo a parecer un depravado, pero estaba deseando tocarlos. Incluso soñaba con ellos. Y sabía por el incidente en la ducha que eran grandes y con pezones oscuros.

–He encontrado más fotografías –dijo Tina, dándole la caja.

Ty se la colocó delante, para esconder la sospechosa tienda de campaña que se había levantado en sus vaqueros. Le gustaba ponerse duro con una mujer otra vez, aunque no pudiese hacer nada. Con Tina, cada día empezaba a sentirse más él mismo.

–Ya podemos irnos.

–Estupendo. Estoy muerto de hambre.

Y también le iría bien una ducha fría.

–¿Crees que deberíamos llamar a Ray para advertirle que hemos roto el cristal de la puerta? No me gustaría que entrase nadie… aunque no queda mucho que robar.

Ty abrió la puerta, sonriendo al ver lo que había en el exterior.

–Parece que no vamos a tener que hacerlo.

Capítulo Nueve

–Ah, estupendo –murmuró Tina, confirmando que el hombre bajito, gordo y con ojos fuera de las órbitas que se dirigía hacia ellos era el primo Ray. Y cuando se acercó más, Ty vio algo que lo hizo reír: un bulto rojo en medio de su frente.

Bien hecho, Tina.

–Vuelve a dejar eso donde estaba o te juro que llamo a la policía –la amenazó Ray–. No tienes ningún derecho a entrar en mi casa, ni a robar mis cosas.

Tina se apoyó en Ty. Parecía genuinamente asustada. Y era normal, después de haber sido atacada por aquel canalla.

Ty, por otro lado, no tenía ningún miedo. Estaba deseando encontrarse con el primito.

–Tina ha venido a buscar sus cosas. Y tú no vas a ponerte en su camino.

Ray dio un paso atrás.

–¿Qué has hecho, traer un guardaespaldas?

–Sí –contestó él–. Y estoy de humor para darte una paliza.

Tina lo agarró del brazo.

–Nadie va a darle una paliza a nadie.

–¡Me golpeaste! –gritó Ray–. Debería haber llamado a la policía.

No lo haría. No tenía narices para hacerlo, pensó Ty.

–Muy bien, llama a quien quieras –replicó Tina–. Y mientras esperas que aparezcan, yo estaré en la comisaría denunciándote por intento de violación.

–No puedes probar nada. Yo tengo marcas... Podrías haberme matado.

–Sí, la próxima vez te daré más fuerte –dijo ella, dando un paso adelante, con gesto amenazador–. Mira, no he venido a crear problemas, sólo a buscar mis cosas. Si quieres llamar a la policía, hazlo. Pero ¿a quién van a creer?

La pequeña Tina tenía nervio, pensó Ty. Y Ray tenía la expresión de un hombre acorralado.

–Muy bien, llévate tus cosas y márcharte de una vez. Espero no volver a verte por aquí.

–Yo también espero no volver a verte nunca –replicó ella.

Ty se sentía un poco decepcionado por no haber podido darle una lección a aquel cretino, pero Tina había solucionado la situación con mucha inteligencia.

–Veo que ya no le tienes miedo –sonrió, mientras subían a la furgoneta.

–Acabo de verlo como lo que es.

–¿Un gusano?

–Un gusano patético. Y ya no puede hacerme daño –sonrió Tina, mientras bajaba la ventanilla–. ¡Por cierto, Ray, siento lo del cristal de la ventana!

Tina estaba sentada sobre la cama del hotel, al lado de Ty, comiendo patatas fritas mientras él miraba las fotografías.

Tenían habitaciones separadas, pero no les había apetecido volver a salir con aquel frío y decidieron llamar al servicio de habitaciones.

–Aquí hay otra con Ray.

–A la basura –dijo ella, riendo al ver cómo Ty hacía una bola con la foto, la tiraba a la papelera y hacía canasta otra vez. Diez de diez. Aquel hombre no era humano–. ¿No estás cansado de mirar fotos?

–No hay mucho más que hacer.

Habían buscado algo interesante en televisión, pero no encontraron nada.

Tina dejó el plato sobre la mesilla y apoyó la cabeza en la almohada. Era estupendo llevar algo que no fueran los vaqueros. En cuanto llegaron al hotel, se puso un pantalón de chándal y una camisa de franela, la ropa que solía usar en casa.

–¿Estás cansada?

–Un poco –contestó ella, cerrando los ojos.

–Entonces, me voy a mi habitación.

–No, prefiero que te quedes. Estoy aburrida, pero no tengo sueño.

–Podríamos salir.

–No, hace demasiado frío.

Tina sintió que se movía la cama y, cuando abrió los ojos, Ty estaba a su lado, apoyado en un codo, mirándola.

Habían dado un gran paso aquel día y estaba segura de que haría falta un poco de tiempo para dar el siguiente. Pero Ty parecía pensar de otro modo.

–Podríamos jugar –sonrió, apartando un mechón de pelo de su frente.

De inmediato, Tina se sintió como una cría en su primera cita. Y era maravilloso. Cada vez que la rozaba sentía escalofríos. Sólo tenía que pensar en besarlo o tocarlo y se ponía como loca.

Pero su lado más responsable le recordó que debía controlarse.

–¿Tú crees que es buena idea?

–Si no quieres... –dijo él, tan adorablemente inseguro que Tina tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse en sus brazos. ¿Cómo podía no saber cuánto deseaba que ocurriera? Demasiado, por eso tenía que decir que no. Incluso ella tenía sus limites. Cuando Ty la besaba, su cerebro tenía la mala costumbre de dejar de funcionar.

–No es que no quiera. Es que me preocupa estar yendo demasiado aprisa.

–Te he besado esta tarde y no ha pasado nada. ¿Por qué iba a pasar ahora?

Era diferente porque estaban en una habitación de hotel. En la cama de una habitación de hotel.

–Estamos haciendo progresos y no quiero estropearlo.

–¿Tienes idea de lo maravilloso que ha sido besarte esta tarde? Me he sentido normal y quiero sentir eso otra vez. Confío en ti para que no vayamos demasiado lejos.

En fin, se alegraba de que alguien confiara en ella porque Tina no confiaba en sí misma. Pero decírselo no valdría de nada. Lo último que necesitaba era sentirse rechazado.

–Muy bien, pero si sientes alguna ansiedad, quiero que pares.

Él asintió.

–Esta vez, quiero hacerlo de otra forma.

–¿Cómo?

–Quiero tocarte.

–¿Darme la mano?

–No, eso lo hacemos todo el tiempo. He tocado tu cara, tu pelo –

sonrió Ty, rozando sus labios–. ¿Lo ves? No pasa nada –dijo entonces, desabrochando un botón de su camisa–. ¿Te importa?

–Pues... no sé –murmuró ella con voz ronca. Debería estar nerviosa o asustada, pero sólo podía pensar: «Hazlo, quítamela».

Ty desabrochó un botón, luego otro. Y otro. Vaciló un momento y luego desabrochó otro más. El aire fresco acarició su pecho mientras él apartaba la camisa y trazaba con un dedo el borde del sujetador.

Tina estaba temblando. Y cuando metió el dedo dentro del sujetador, acercándose atrevidamente a sus pezones, tuvo que morderse los labios.

–No creo haber tocado así a una mujer en mi vida. Bueno, claro que he tocado los pechos de una mujer, pero sólo era un paso en el proceso. No creo que nunca haya prestado atención... ¿me entiendes?

–La verdad es que no.

–Hay un proceso, un orden en las cosas que hago. Y creo que me pierdo por la prisa de llegar al objetivo.

–¿Y cuál es el objetivo?

Ty bajó una de las tiras del sujetador.

–Satisfacción sexual.

–¿Eso es todo?

–¿Qué más puede haber?

–¿Y la intimidad? ¿Y la conexión emocional?

–No es parte del proceso –contestó él, deslizando un dedo por su clavícula.

–Ése es el problema –dijo Tina entonces, aunque su voz sonaba ronca–. Tienes que sentir, Ty.

–Te siento –sonrió él, inclinando la cabeza para besar su hombro–. Podrías estar a diez metros y te seguiría sintiendo.

–Eso es la intimidad.

–¿Me sientes tú? –preguntó Ty entonces, rozando sus pechos con los labios.

–Desde luego.

Con cada fibra de su ser.

–Sí, veo que sí.

Cuando abrió los ojos, Tina se dio cuenta de que él le había abierto la camisa del todo, dejándola medio desnuda de cintura

para arriba. Era un seductor nato. Ni siquiera se había dado cuenta, de modo que debía de tener mucha experiencia.

–¿Algún hombre te había tocado así? –murmuró Ty, acariciando su estómago.

Ella negó con la cabeza.

–Ojalá pudieras verte ahora mismo. Tu piel brilla y tienes los labios rojos, brillantes. Pareces estar en éxtasis.

–Porque lo estoy –murmuró ella, agarrándose al edredón. Era la única forma de no tocarlo.

–Me parece que nunca había conseguido que una mujer llegase al éxtasis.

A Tina le resultaba difícil creer eso. Quizá nunca había prestado atención.

–Quiero seguir tocándote, pero también quiero besarte. El problema es que no creo que pueda hacer las dos cosas al mismo tiempo.

–La verdad, yo tampoco. Además, parece que lo de tocar se te da muy bien. ¿Por qué no nos besamos un rato?

–Me parece estupendo.

Había llegado al limite del tocamiento, pero seguramente los besos podría controlarlos mejor.

Ty rozó sus labios, despacito y suavemente. Sí, era muy agradable. Aquello podía controlarlo. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que «despacito y suavemente» no era su intención. De allí pasaron enseguida a «ardiente, húmeda y apasionadamente».

Y Tina sintió que se quemaba por dentro.

Ty se apoyó en la puerta de la oficina, mirando a Tina, que estaba tecleando algo en el ordenador. Llevaba el pelo sujeto en una coleta, dejando al descubierto aquel largo y delicado cuello que tanto le gustaba. Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no besarla. En la semana y media desde el viaje a Filadelfia, no había podido apartar sus manos de ella. Por las noches tenían la sesión de toqueteos... sin quitarse la ropa y por encima del cinturón, naturalmente. Aunque había noches que, sencillamente, se tumbaban en el sofá para ver una película.

En cierto modo, ésos eran los momentos que más disfrutaba.

Estaban juntos, a veces se quedaban dormidos así. Dormida era tan guapa, tan suave, que podía mirarla durante horas.

Su relación se había convertido en algo que era mucho más que sexo, más que amistad. No sabía cómo llamarlo, pero lo pasaba tan bien con ella que le daba igual.

–¡Ya lo tengo! –gritó Tina–. Era un virus, por eso se quedaba atascado.

–¿Dónde has aprendido tantas cosas sobre informática?

–Hice un curso, pero en realidad he aprendido yo sola. Cuando el ciberespacio es tu único vínculo con el mundo, aprendes a cuidar tu ordenador.

–¿Qué programas conoces?

Tina le dio una lista de todos los programas que había usado y Ty se quedó sorprendido. Llevaba semanas pensando en contratar una recepcionista y la tenía delante de los ojos.

–¿Sabrías llevar una oficina como ésta?

–No lo sé... pero me gustaría.

–A mí me hace falta alguien que se ocupe de las visitas, de los archivos, de pasar las cartas al ordenador... Se gana más dinero que limpiando casas. Además, sólo te contraté porque te pusiste a llorar. Tengo una empresa que se encarga de limpiar todos los edificios que quedan vacíos.

–¿Ah, sí? Pues no sé si darte un beso o un puñetazo –rió Tina.

–Oye, a ver si me va a gustar.

Sin poder evitarlo, Ty se inclinó para buscar sus labios, que le parecían irresistibles. Cada vez que la besaba, sentía que podía comérsela. Lo volvía tan loco que le parecía como si estuviera oyendo campanitas.

Entonces alguien se aclaró la garganta ruidosamente y él se percató de que las campanitas no habían sonado en su cerebro. La puerta se había abierto y su madre los miraba sin disimular su disgusto.

–Hola, mamá.

Debería haber esperado su visita porque lo había llamado veinte veces en las últimas semanas, intentando sacarle información. Las tres primeras, Ty le dijo que no era asunto suyo, pero como insistía, se limitó a no contestar al teléfono cada vez que veía en pantalla el número de sus padres.

Pero su madre, naturalmente, no se había resignado.

–Dame cinco minutos, Tina. Luego hablaremos de ese puesto como administrativo –sonrió, tomando a su madre por la cintura para llevarla a su despacho.

–¿Qué puesto de administrativo? –preguntó la señora Douglas en cuanto cerró la puerta–. ¿No estarás pensando que trabaje aquí?

–Pues sí, mamá.

–Tyler Phillip Douglas, ¿se puede saber qué te pasa?

Ty sabía que estaba muy enfadada porque sólo en esas ocasiones usaba su nombre completo.

–Nada.

–Ya es inapropiado que estés viviendo con ella... ¡es una niña! ¿Qué pasaría si entrase alguien en la oficina y os encontrara en una posición comprometida?

«Que yo sería un tipo con suerte», pensó él.

–Eso no va a pasar.

–¿No te parece una coincidencia muy extraña que una chica sin dinero, que no tiene donde caerse muerta, se te haya pegado de esa forma? ¡Es una buscavidas!

Ty levantó los ojos al cielo. No, otra vez no. Su madre pensaba que todo el mundo iba detrás de su dinero. Pero Tina no era así.

–Ella necesita un trabajo y yo tengo un puesto libre. Es así de sencillo.

–Mira, hijo, tú eres un hombre de éxito y debes tener cuidado con la gente que no tiene nobles intenciones. El sexo puede nublar el juicio de un hombre...

¿Estaba de broma? Él no era un adolescente, aunque últimamente se sentía así. Por no hablar de que no se acostaba con Tina... aunque querría hacerlo. Si alguien tenía intenciones poco nobles era él.

Ty se levantó de la silla y abrazó a su madre. Lo hacía con buena intención, estaba seguro, pero a veces resultaba cargante.

–Mamá, agradezco mucho tu preocupación, de verdad. Pero con quien me acuesto o dejo de acostarme no es asunto tuyo. Y deberías saber que no me importa lo que piense la gente.

El rostro de su madre se suavizó.

–Eres una buena persona y no quiero que te hagan daño.

–Sé cuidar de mí mismo, te lo aseguro. Por cierto, hace tiempo

que no hablo con Em. ¿Cómo van los planes de la boda?

La señora Douglas dejó escapar un suspiro.

–Tu hermana me va a matar. ¿Sabes que quiere llevar un hombre como dama de honor? ¡Un hombre! ¿Qué pensará la gente?

Siguió hablando de la boda durante unos minutos y, cuando por fin Ty pudo convencerla de que tenía mucho trabajo, Tina ya no estaba frente al ordenador. Pero había una nota en la pantalla: *Nos vemos en casa*.

«En casa».

Esa expresión había adquirido un significado completamente diferente desde que Tina DeLuca entró en su vida. Y debía preguntarse qué pasaría, cómo sería su vida cuando ella decidiera que era hora de marcharse.

Capítulo Diez

–Tyler Phillip Douglas, ¿en qué demonios estás pensando? –murmuraba Tina para sí misma, mientras golpeaba un trozo de carne con más fuerza de la necesaria.

Aunque estaba de acuerdo con su madre: en público, lo mejor sería mantener su relación a un nivel puramente profesional para que no hubiese habladurías. Pero cuando la miraba con tanto afecto, con tanto anhelo, como si fuera el centro del universo, no podía decirle que no a nada. Y se avergonzaba por haber dejado que el asunto se le escapara de las manos. Ella debía ser la responsable.

Lo que no le hacía ninguna gracia era el comentario sobre «la buscavidas».

–¿Qué ha hecho esa carne para merecer tantos golpes?

Tina se sobresaltó al oír una voz en la cocina.

–¡Qué susto me has dado!

–He llamado al timbre, pero no me has oído –dijo la chica que estaba en la puerta, otra versión de Tyler, pero más joven, de modo que debía de ser su hermana–. ¿Qué era eso? –preguntó luego, señalando las mutiladas chuletas.

–Ternera. Pero creo que me he dejado llevar.

–Siento haber venido sin avisar, pero tenía que conocer a la mujer a la que mi madre critica más que a mí.

No era tan guapa como su hermano, pero Emily tenía una belleza natural. Y aunque no era lo que Tina consideraría muy femenina precisamente, tenía gracia, una belleza sencilla, casi hipnótica. Y en la familia Douglas todos parecían ser muy altos. Con zapatos planos, debía de medir casi metro ochenta.

–Soy Em –se presentó, ofreciéndole su mano–. La oveja negra de la familia Douglas.

–Tina DeLuca, la buscavidas de la familia Douglas.

Emily soltó una carcajada.

–Mi madre es así. Es genial. Intentaría ofrecer una excusa para su comportamiento pero, francamente, todavía no la ha encontrado.

–Entonces, ¿no soy sólo yo?

–Yo soy su hija y mi única cualidad es mi prometido, por lo visto.

De modo que Tina no tenía la menor oportunidad de ganarse a la señora Douglas... aunque tampoco quería hacerlo. Ni había necesidad. Ty y ella no iban a casarse.

–De lo que mi madre no se da cuenta es de que, bajo esa fachada de tipo cachas, hay un hombre muy inteligente. Ty podría distinguir a una buscavidas a mil kilómetros de distancia. De modo que tú no puedes serlo.

–Te lo agradezco.

–Y debo advertirte que, aunque mi hermano es un chico estupendo, no le gustan las relaciones serias. Últimamente actúa de una forma muy rara, pero tú no te pareces a las chicas con las que suele salir, o sea que debe de haber visto algo especial en ti.

Sí, le caía muy bien Emily.

–Gracias.

–Y estás viviendo con él, eso sí que es raro.

–Bueno, yo no vivo aquí, en la casa, vivo en el apartamento de arriba. Me ha dejado quedarme allí hasta que encuentre un piso. Y sólo somos amigos.

Emily se encogió de hombros.

–Muy bien, si tú lo dices.

Un segundo después, Tina oyó que se abría la puerta y Ty entraba en la cocina.

–Hola, Em –sonrió, quitándose la chaqueta–. ¿Qué haces aquí?

–He venido a conocer a tu amiga.

Ty besó a su hermana y luego se acercó a Tina para tomarla por la cintura. Lo hacían todo el tiempo, pero que lo hiciera delante de su hermana la sorprendió. Y luego la sorprendió más dándole un beso en los labios. No fue nada apasionado, pero tampoco exactamente amistoso.

–No te estará molestando, ¿verdad? –preguntó Ty.

–¿Quién, yo? Oye, hablando de molestar, ¿has pensado en lo que te pedí?

–¿Qué me pediste?

–¡Lo de la boda! –exclamó Emily, exasperada.

–Ah, eso, no sé... ¿va a llevar un vestido?

–¡Es un hombre, Tyler! Gay, pero un hombre. Por supuesto que llevará esmoquin.

Tina miró de uno a otro, sin entender.

–Quiere que su dama de honor sea un hombre y yo soy el padrino. Eso significa que tendremos que entrar juntos en la iglesia... No tendré que tocarlo, ¿verdad?

–No, sólo caminar a su lado.

Ty levantó los ojos al cielo.

–Muy bien, lo haré.

–Estupendo, te debo una –dijo Emily.

–Desde luego que sí.

–Matt tiene un partido esta noche. Podríais venir.

–Su prometido es entrenador del equipo del instituto –explicó Ty–. Y no podemos. Tina y yo tenemos otros planes.

Ella estuvo a punto de preguntar, ¿qué planes?, pero no lo hizo.

–¿Estarás aquí el viernes que viene para el último partido?

–¿Quieres que vayamos a ver un partido el viernes, Tina?

–Sí, claro.

–A las siete en punto –dijo Emily, mirando el reloj–. Porras, llego tarde. Tengo que irme. Que lo paséis bien.

–Cree que hay algo entre nosotros –dijo Tina cuando la hermana de Ty desapareció.

–Y hay algo, ¿no? –sonrió él, dándole un beso en la mejilla.

–Me gusta. Se parece mucho a ti.

–Sí, es verdad. Pero deberías haberme esperado en la oficina, podría haberte traído a casa.

–Necesitaba un poco de aire fresco.

–¿Has pensado en lo del puesto administrativo?

Estar con Ty todo el día... sería maravilloso, si no tuviera que lidiar con su madre. ¿Cuántas veces iría a ver a su hijo? ¿Todos las semanas, todos los días? ¿Necesitaba un recordatorio constante de que Ty no era para ella? ¿Podía arriesgarse a acabar enamorada de él, sabiendo que aquello no podía durar?

Ese pensamiento dejó una sensación de vacío en su estómago. ¿A quién quería engañar? Sentía algo por Ty. Algo que no podría definir.

–Sí, lo he pensado –contestó por fin, diciéndose a sí misma que lo hacía por el dinero–. De acuerdo.

–Estupendo. Empezarás mañana mismo... ¿qué es eso? –preguntó Ty, señalando la tabla de cortar.

–Era ternera. Creo que me entusiasmé demasiado.

–Ya veo.

–Lo de buscavidas me sentó fatal.

Ty hizo una mueca.

–¿Lo oíste?

–Tu madre no hablaba precisamente en voz baja. Creo que la oyó toda la manzana.

–¿Y te has desahogado con ese pobre trozo de carne?

Tina intentó reír, pero le salió más como un sollozo y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Qué le pasaba? No era para llorar.

Ty la abrazó, intentando consolarla.

–Lo siento.

No era justo. No era justo haber encontrado a aquel hombre tan perfecto y no tener una sola oportunidad.

–No pasa nada.

–Sí pasa. Yo estoy acostumbrado a mi madre y lo que dice me entra por un oído y me sale por otro, pero sé que no lo hace con mala fe. Es que es muy protectora.

–Pero tiene razón sobre una cosa. Si no quieres que la gente piense lo que no es, probablemente no deberías besarme en público. O delante de tu hermana.

–¿Por qué va a importarme lo que piense la gente? ¿O es que tú no quieres que la gente lo sepa?

Tina se mordió los labios.

–¿Tina?

–Trabajo para ti, vivo en tu apartamento...

–¿Y qué? ¿Tienes miedo de que la gente piense que me estoy aprovechando de ti?

–¡No! La gente de Chapel te quiere, pero a mí no me conocen de nada. No quiero que piense que soy yo quien se está aprovechando de ti. No sé cuánto dinero tienes, pero parece que es mucho. La gente podría pensar que lo que quiero es tu dinero.

–Mira, Tina, mi madre es un poco paranoica con eso. Lo que yo haga en mi casa es mi problema. ¿Tú crees que estamos haciendo algo inmoral?

–No, claro que no.

–Entonces, ¿qué más da lo que digan?

–Tienes razón –suspiró ella, mirando la carne destrozada–. Pero creo que he asesinado nuestra cena.

Ty soltó una carcajada.

–Si alguna vez te enfadas conmigo, me encargaré de esconder los cuchillos.

Ella sonrió. Era tan dulce, tan encantador. Perfecto, o casi.

–Podríamos pedir algo por teléfono.

–Quizá más tarde, ahora mismo no tengo hambre... de ese tipo –dijo Ty, besando su cuello–. ¿Te apetece jugar?

Le gustaba que le preguntara eso, de esa forma, con aquel brillo travieso en los ojos.

–¿Qué tienes en mente?

–Mi habitación.

«¡Sí!», gritaba una vocecita en su cerebro. Pero Tina intentó disimular.

–¿Seguro que estás listo para eso?

–Lo estoy si tú lo estás.

Estaba más que lista. «Usa la cabeza», le decía el sentido común. «Todo esto va demasiado rápido».

Y como la chica mala que era últimamente, le dijo a su sentido común que se fuera a la porra.

Desde aquella noche en el hotel, no se habían acercado a una cama. Pero, por primera vez desde entonces, Ty sabía que estaba preparado. Así que tomó a Tina de la mano y la llevó a su dormitorio.

–Es muy bonito –murmuró ella, mirando alrededor. Todo estaba decorado en tonos azul oscuro, hasta las sábanas. Y el edredón era de cuadros azules, muy masculino.

–Sí, no está mal.

–Una cama grande –Tina se sentó en el borde y rebotó un par de veces sobre el colchón–. Duro.

Ty se cruzó de brazos.

–¿Te gustan las cosas duras?

Ella levantó una ceja.

–Comentarios con doble intención. Esto es nuevo, ¿no?

–Me gustaría probar algunas cosas esta noche –dijo Ty entonces, quitándose la camisa.

–Ah, muy bien.

Sus ojos se habían oscurecido, como a él le gustaba. Sabía que las mujeres también tenían sus necesidades y tantos besos, tantas caricias, también debían de haber sido una tortura para ella.

–Sé que probablemente habrás oído esto un millón de veces, pero tienes un cuerpo precioso –dijo Tina, mirando su torso desnudo–. Seguro que ni siquiera vas al gimnasio.

–Tres días a la semana. A la hora de comer.

–Ah, que alivio. Porque si esos músculos te hubieran salido de forma natural sería para matarte.

Ty se inclinó y empezó a desabrochar los botones de su camisa. Con cada botón, su temperatura corporal aumentaba un par de grados. Llevaba una semana esperando aquel momento. El sujetador consistía en dos triangulitos de encaje rosa que apenas podían contener sus pechos y su piel era suave, morena y preciosa. No había forma de explicar lo que sentía estando con ella.

En circunstancias normales, le habría quitado el sujetador de inmediato, pero no tenía prisa. Estaba descubriendo que la anticipación del acto era a menudo tan excitante como el propio acto. Le gustaba tomarse su tiempo, ir despacio. Algunas noches se besaban durante una hora o más antes de que la tocase.

–Túmbate –le dijo.

Tina se colocó en el centro de la cama, observándolo mientras se quitaba los zapatos.

–¿Puedo tocarte yo? –preguntó.

–Quiero que me toques –contestó él–. Por encima del cinturón. Si es demasiado, te lo diré.

Luego se inclinó para besarla, mordisqueando sus labios, jugando con la punta de la lengua. Mientras se besaban, ella exploraba su torso, al principio con cuidado, como si no supiera hasta dónde podía llegar. Una semana antes, eso habría provocado un ataque de pánico. Pero estaba mejorando mucho. Y ella se estaba poniendo fatal.

Ty acarició el borde del sujetador con el dedo y luego repitió la operación con la lengua, suavemente, de un lado a otro. Tina murmuraba su nombre, clavando las uñas en sus hombros. Y Ty no

podía esperar ni un segundo más, así que le quitó el sujetador.

Perfecta, como había esperado. Sus pechos eran grandes, redondos, las puntas pequeñas, del color del chocolate con leche. Había algo tan excitante, tan tentador en su piel... Quizá porque era tan diferente de la suya. Fuera lo que fuera, estaba en éxtasis sólo con mirarla.

Cuando Tina abrió los ojos, comprobó que Ty estaba mirándola. Parecía fascinado, como si nunca hubiera visto unos pechos desnudos. Pero ella sabía que no era así. ¿Entonces?

Estaba deseando que la tocara. Sus caricias la habían puesto húmeda y estaba segura de que si no la tocaba pronto, se moriría de frustración sexual.

Como a través de una niebla, sintió un tirón y cuando miró hacia abajo, vio que Ty estaba desabrochando sus vaqueros. Por un momento, se quedó demasiado sorprendida como para reaccionar. Una parte de ella, la parte sexualmente atormentada, quería gritarle que siguiera. La otra le decía que lo hiciese parar. Era demasiado pronto, no estaba preparado.

Intentó hablar, pero la voz no le respondió, de modo que se aclaró la garganta.

–Ty, ¿qué haces?

–Intentando quitarte los pantalones. Y aunque parece fácil, podrías echarme una mano.

Tina pensó discutir y luego se dijo: «No, no quiero que se sienta rechazado».

De modo que levantó las caderas para que pudiese quitarle los pantalones y, cuando se quedó en braguitas, más expuesta de lo que lo había estado nunca con ningún otro ser humano, pensó que debería sentir vergüenza. Pero no era así. Quería que la viera.

Ty estaba rojo y empezaba a respirar con dificultad.

–¿Quieres que paremos?

–¿Tú quieres que paremos?

–¡No! –gritó Tina, con más entusiasmo del que pretendía.

–Entonces, deja de preocuparte por mí. Relájate y disfruta, ¿de acuerdo?

No tuvo que decírselo dos veces. Tina cerró los ojos y se concentró en sentir las manos de Ty explorando todo su cuerpo.

–¿Te he dicho lo preciosa que eres? –murmuró, acariciando el

interior de sus muslos.

Ella no podía contestar, no podía pensar siquiera. Sólo podía gemir mientras él acariciaba sus muslos, el borde de las braguitas... ¿su estómago?

No, no, hacia abajo, hacia abajo. Pero él seguía subiendo, hasta su pecho, su pelo. Sin dejar de besarla. Tina quería tomar su mano y ponerla donde debería estar, pero no podía dejar de tocar su torso, sus hombros, su espalda. Y sus brazos, le encantaban sus brazos. Tan fuertes, tan seguros. Cuando la abrazaba, sentía como si nada pudiera hacerle daño.

Entonces él empezó a bajar las manos otra vez. Más abajo, más abajo... hasta que llegó a la cinturilla de las braguitas. Se quedó allí unos segundos. Estaba tan cerca, tan preparada... sólo un poquito más.

Ty metió la mano dentro de la braguitas y ella levantó las caderas, dejando escapar suaves gemidos de placer. Y luego perdió la cabeza. Debía de parecer una de esas chicas que aparecían en las paginas de Internet. Fotografías eróticas que la habían ruborizado. Se habría sentido avergonzada de su comportamiento si no hubiera sido tan maravilloso, tan fantástico, tan... excitante. Si no se hubiera sentido como otra mujer cuando una ola de placer le hizo abrir las piernas y dejar que un río de lava la recorriese.

Cuando su visión se aclaró, dijo, sin aliento:

–Me hacía falta.

–Ha sido muy rápido.

–¿Rápido? ¿Dices que ha sido rápido?

Ty sonrió.

–¿Te ha gustado?

–Mucho, mucho.

Él sonrió de nuevo, satisfecho.

–Me alegro, porque vamos a hacerlo otra vez.

Capítulo Once

–¿Qué es esto? –preguntó Tina.

Tyler y ella estaban frente a frente, rozándose mientras miraban aquella masa marrón gelatinosa.

La madre de Ty había vuelto. Por tercera vez esa semana, había una misteriosa cacerola en la nevera.

–No sé –dijo Ty, tomando un cuchillo y pinchándolo varias veces–. Parece que está muerto.

–¿Está... cocinado?

–Es difícil decirlo.

–Parece comida para gatos.

–¿Por qué hace esto? –suspiró Ty–. Mi madre sabe que tú cocinas.

–Seguramente, lo hace por eso.

Se portaba como si Tina no existiera.

La madre de Ty había pasado por la oficina el lunes. Pasó por delante de su mesa con la cabeza bien alta, sin mirarla siquiera. Lo mismo el miércoles, como si Tina fuera invisible.

Y como ahora llevaba la oficina, aparentemente la señora Douglas se había tomado muy en serio lo de preservar el patrimonio de su hijo. Y Tyler Douglas tenía un gran patrimonio.

Por lo que había podido comprobar, era el propietario de la mitad de Chapel: casas, apartamentos, garajes, tiendas, fincas. Pero todo se controlaba desde otra ciudad. La oficina de Chapel parecía ser su refugio personal y eso indicaba que, seguramente, Ty no quería que la gente de Chapel supiera cuánto dinero tenía. Era la única explicación para su sencillo estilo de vida cuando tenía dinero para vivir como un magnate.

Tina no sabía mucho sobre inmobiliarias, pero con todos los edificios que poseía, debía de tener millones.

–Vamos a tirarlo –dijo Ty, abriendo el cubo de basura.

Ella volcó la cacerola, pero el contenido no se movió. La sacudió, incluso le dio un golpecito, pero la cosa no salía.

–Se está agarrando con uñas y dientes.

Ty le dio un golpe y una cosa marrón cayó al cubo.

–Esto es ridículo. Voy a llamar a mi madre para decirle que deje de traer comida.

–No lo hagas –dijo Tina. Aunque la madre de Ty no le caía bien, sabía que adoraba a su hijo. Sería mejor no herir sus sentimientos–. Seguramente está un poco celosa. Le gusta cuidar de ti y desde que yo estoy aquí no puede hacerlo.

–Eres un cielo –sonrió él–. Mi madre se porta fatal contigo y tú te preocupas porque no se disguste. No entiendo por qué no ve lo estupenda que eres. No entiendo por qué no te mira y ve lo que veo yo.

Los ojos de Tina se llenaron de lágrimas. No había duda, estaba enamorada de Ty. Era horrible y maravilloso a la vez. Porque aunque él pudiera amarla, su madre siempre se interpondría entre los dos y ella no podría vivir con esa amargura. Sabía bien lo que era no tener familia y por nada del mundo querría que Ty pasara por eso.

Pero no sabía cómo iba a salir de aquel atolladero.

Prácticamente cada noche, iban a su dormitorio y se besaban, se tocaban. Siempre le había dejado las braguitas puestas... hasta la noche anterior. La noche anterior se colocó delante de ella, le bajó las braguitas y se quedó mirándola durante largo rato. Luego le abrió sus piernas, se inclinó y la tocó con la boca. Había sido algo tan íntimo, tan prohibido... le encantó. Después, tomó su mano y la colocó sobre su entrepierna, por encima del pantalón. Incluso a través de la dura tela de los vaqueros, Tina se dio cuenta de que era largo y duro. Y que, seguramente, le habría dado un poco de miedo si no hubiera sentido tanta curiosidad. Pero después de unos segundos, Ty apartó su mano.

–Aún no estoy preparado.

«Quizá esta noche», pensó cuando Ty empezó a besarla, apretándola descaradamente contra su entrepierna.

–¿Crees que tenemos tiempo para uno rápido?

¿Uno rápido? ¿Uno rápido? La palabra «rápido» no estaba siquiera en su vocabulario. No había nada rápido en sus caricias, ni en sus besos.

–Tenemos que estar en el instituto dentro de quince minutos.

–Sí, es verdad –suspiró él–. Em me ha llamado siete veces esta semana para recordármelo.

–Lo pasaremos bien. Y cuando volvamos a casa, tendremos toda la noche.

–Toda la noche, ¿eh? –sonrió él, mirándola con los ojos brillantes. Ya no iba a poder echarse atrás.

Tina sabía menos sobre deporte que sobre el negocio inmobiliario, pero los ciudadanos de Chapel se tomaban el fútbol muy en serio.

–Es el primer año de Matt como entrenador –le explicó Emily, mientras buscaban sitio en las gradas–. Los niños lo adoran.

Tina aún no conocía al novio de Emily, pero Ty le había contado que había jugado en la liga profesional y que tenía un restaurante antes de mudarse a Chapel. Y era evidente que Emily lo adoraba.

Le habían presentado a docenas de personas y todos la saludaron con simpatía. Nada de miraditas, nada de comentarios por lo bajo. Si alguien sospechaba de sus intenciones, se lo había guardado para sí mismo.

Y luego estaba la gente que había conocido en la oficina durante la semana, y en el mercado. Todo el mundo era muy agradable con ella. En las cuatro semanas que llevaba allí, Chapel empezaba a parecerle un hogar y no sabía si eso era bueno o malo. Porque su historia con Ty tenía que terminar tarde o temprano y quedarse allí, viéndolo todos los días y sabiendo que nunca podrían estar juntos... no, no podría soportarlo.

Le dolería demasiado.

–¿Estás bien? –preguntó él entonces–. Tienes una expresión muy rara.

–Estoy bien –intentó sonreír Tina.

–Estás aburrida, ¿verdad?

–No, lo estoy pasando muy bien, de verdad.

Ty se inclinó para besarla, delante de todo el mundo. Sabía a chocolate y tenía la nariz helada.

–¿Tienes frío?

–No, pero creo que voy a pedir otra taza de chocolate. ¿Quieres una?

–Sí, por favor.

–¿Quieres una taza de chocolate, Emily?

–No, gracias –contestó ella, con los ojos pegados al campo de fútbol.

–¿Quieres que vaya contigo? –preguntó Ty.

–No hace falta. Vuelvo enseguida.

Ty la observó desaparecer entre la gente. Estaba deseando llegar a casa. Últimamente se sentía como un degenerado, sin poder apartar sus manos de ella, deseando tenerla desnuda a su lado. Darle placer era la única satisfacción que necesitaba. Aunque cuando lo tocó por la noche, incluso por encima de los vaqueros, tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. Y seguía esperando el ataque de pánico.

No lo había tenido. Ni siquiera sabía por qué le había dicho que parase. Quizá porque sabía que nunca había tocado así a un hombre y no quería asustarla. Aunque no parecía asustada. Si no le hubiera dicho que no tenía experiencia, él no lo habría adivinado.

Aunque su conciencia le decía que esperase un poco, que no había prisa, su cuerpo le decía otra cosa. Si él estaba listo para dejarse tocar y Tina lista para hacer los honores, ¿por qué no? Aquella noche, se desnudarían los dos, dejaría que lo tocase y la tocaría a su vez. Y sería maravilloso.

–Nunca te había visto tan feliz –dijo su hermana–. De hecho, nunca te había visto mirar a una mujer como miras a Tina.

–¿No?

–No. Pero me parece estupendo. Es una chica estupenda.

Ty sonrió. Pensar en Tina siempre lo hacía sonreír... entre otras cosas.

–Lo es. Es encantadora. Me gusta todo en ella.

–¿Ah, sí? ¿No me digas que estás enamorado? –bromeó Emily.

–Yo no he dicho eso –murmuró Ty, apartando la mirada.

Él nunca había estado enamorado. ¿Sería posible que...? ¿Aquella sensación de tranquilidad, de contento, podría ser amor? ¿Era por eso por lo que no podía dejar de tocarla, de pensar en ella? ¿Por eso quería pasar cada minuto del día a su lado?

Intentó imaginar la vida sin ella y no era capaz. ¿Qué hacía antes de conocer a Tina? Le parecía como si eso hubiera sido siglos atrás. Y cuando pensaba en pasar el resto de su vida con ella, en

matrimonio, en niños y en todo lo demás… le gustaba. Siempre había dicho que un día, cuando conociera a la persona adecuada, tendría todas esas cosas.

¿Habría llegado ese momento? ¿Era Tina la mujer de su vida?

–Tyler –insistió Emily–. ¿Estás enamorado de ella?

–Pues… creo que podría estarlo.

–¿Lo dices en serio?

–Sí, creo que estoy enamorado de Tina –suspiró Ty.

Estaba enamorado de Tina. ¿Quién lo hubiera dicho?

–El otro día me dijo que sólo erais amigos.

–Sí, bueno, es que no quiere que nadie piense que está conmigo por dinero. Y es justo lo contrario, yo creo que mi dinero la hace sentirse incómoda.

–Parece una chica muy dulce.

–Lo dices como si fuera algo malo.

–Si va a entrar en la familia, tendrá que espabilarse –suspiró Emily–. Ya sabes cómo es mamá. Intentará hacerle la vida imposible.

–No pasará nada.

–¿No? Piénsalo, hermanito. Aunque me alegro mucho por ti. Estoy sorprendida, pero feliz.

–Yo también estoy sorprendido.

–¿Estás listo para más sorpresas? Vas a ser tío –anunció Emily entonces.

–¿Desde cuándo?

–Me he enterado esta semana.

–¡Enhorabuena! –exclamó Ty, abrazando a su hermana–. Pensé que no queríais tener niños enseguida.

–No, ha sido una sorpresa para nosotros también. Teníamos cuidado, pero con estas cosas nunca se sabe.

–¿Y estás contenta?

–Mucho. Y Matt está tan feliz… Incluso se ha ofrecido a cuidar del niño si yo quiero seguir trabajando.

–Es estupendo, Em. ¿Se lo has dicho a mamá?

–Estoy esperando hasta la cena de mañana. Una de dos: o le da un ataque porque me he quedado embarazada antes de casarme o estará encantada porque al fin va a ser abuela. Tina y tu vendréis, ¿no? Porque me va a hacer falta apoyo moral.

Ty había olvidado por completo la cena en casa de sus padres. Era un ritual mensual y sería buen momento para que conociesen a Tina, para que viesen lo estupenda que era. Cuando su madre aparcase los celos, estaba seguro de que también se enamoraría de ella.

Como él.

–Sí, iremos –dijo por fin. Aunque no sería fácil convencerla.

Además, no sabía lo que ella sentía. Quizá no estaba enamorada.

¿Y si Tina no lo amaba? ¿Y si pensaba marcharse de Chapel?

Ella volvió poco después, con dos tazas de chocolate en la mano.

–¿Me he perdido algo?

Si ella supiera...

Definitivamente, aquella noche sería la noche, se prometió a sí mismo.

–Vámonos a casa a terminar lo que habíamos empezado –le dijo al oído.

Ella no contestó. No lo miró siquiera. Sencillamente, sonrió mientras se metía bajo la manta con la que se resguardaban del frío. Cuando puso la mano sobre su muslo, Ty tuvo una erección. Sólo le hacia falta eso. Estuvieron así durante unos minutos, sin que él pudiera concentrarse en el partido. Luego Tina movió la mano hacia arriba, hasta su entrepierna, y Ty se atragantó con el chocolate. Si había tenido alguna duda sobre si estaba preparada, allí estaba la respuesta.

Lo acariciaba por encima del pantalón, suavemente, para que no se notara ningún movimiento bajo la manta, pero él se estaba volviendo loco. Para cualquiera que mirase, los dos parecían concentrados en el partido. Pero Ty no veía nada. Probablemente, tenía algo que ver con la falta de riego sanguíneo en su cerebro.

No podía creer que lo estuviera tocando de esa forma en un estadio de fútbol y que él no sintiera la mínima ansiedad. Y estaba harto de esperar. Cuando llegaran a casa...

–Nos vamos –anunció. Y Tina apartó la mano.

–¿Ahora mismo?

–Ahora mismo.

Capítulo Doce

–No puedo creer que vaya a decir esto.

Tina cerró los ojos, deseando que no lo dijera, deseando que aquella vez fuera diferente. De verdad había pensado que todo iba a salir bien. Hasta aquel momento, todo era perfecto.

Ty había llegado a casa en cinco minutos y, apenas atravesar la puerta, ya estaban quitándose la ropa el uno al otro. Cayeron sobre la cama besándose, tocándose. Por fin, estaba tocándolo. Y como pensaba que aquella vez sería diferente, le había pedido que le hiciera el amor.

Y él se había quedado paralizado.

Entonces se percató de que lo había estropeado todo.

–No puedo hacerte el amor, Tina.

Ella respiró profundamente, intentando esconder su desilusión.

–No pasa nada. Nos daremos unos días más. A lo mejor para entonces ya estás preparado.

–No –insistió él, mirándola a los ojos–. No estoy diciendo que no pueda, estoy diciendo que no voy a hacerlo. Hacer el amor nunca fue parte del trato.

Tina se sintió aliviada y confusa a la vez. ¿Pensaba que no quería hacerlo, que se sentía obligada?

–Pero es que yo quiero hacerlo, Ty.

–Y yo también. Por eso es tan absurdo.

–No te entiendo –dijo ella, apoyándose en un codo.

–Ahora dices que quieres hacerlo, pero ¿qué pasará más adelante? ¿Qué pasará dentro de un año? No puedo hacerte eso.

¿Más adelante, dentro de un año? ¿De qué estaba hablando?

–Ty, de verdad no me importa.

–Pero sería tu primera vez.

–¿Y?

–Me sentiría culpable. Ahora mismo estoy pensando en todas las chicas vírgenes con las que me he acostado porque eran como un trofeo. Les quité algo precioso, algo que no recuperarán nunca –

siguió Ty–. No puedo hacerte eso a ti. Me importas demasiado.

Su preocupación era admirable, pero debía de estar bromeando.

–No vas a robarme nada. Ya soy mayorcita para decidir cuándo quiero hacerlo, ¿no te parece?

–No puedo, de verdad. Tocarnos, besarnos, sí. Pero hacer el amor... Eso es demasiado especial. Demasiado íntimo. No voy a mantener relaciones sexuales así porque sí. He cambiado, ya no soy el mismo.

–¡Pues cambia otra vez, maldita sea!

Ty se encogió de hombros.

–No puedo. Yo tampoco lo entiendo. Es como si, después de veintiocho años, por fin hubiera desarrollado una conciencia. Y yo no soy así.

A Tina le entraron ganas de darle un puñetazo.

–No me lo puedo creer.

–Oye, escúchame –dijo Ty entonces, tomando su mano–. Cuando hagas el amor por primera vez, debería ser con alguien muy especial.

–Tú eres muy especial.

–Lo que quiero decir es que deberías estar enamorada...

–¿Es que no lo entiendes? –exclamó ella, frustrada–. ¡Estoy enamorada de ti!

Nada más decirlo se arrepintió.

Cuando Ty abrió la boca para decir algo, ella se la tapó con la mano.

–No, no digas nada. No digas una palabra hasta que yo haya terminado, ¿de acuerdo?

Él asintió con la cabeza.

–No quería decir eso y no espero nada de ti. No tienes que quererme, Ty. Y en cuanto a lo de hacer el amor, si crees que voy a esperar algo de ti después, te equivocas. No me hago ilusiones sobre nuestra relación. Sé que no funcionaría nunca y no me importa. Pero podemos hacer el amor y... seguir siendo amigos después.

Él se quedó callado, esperando que terminase.

–Lo he pensado mucho y, aunque no he encontrado a mi padre, puede que me guste vivir aquí. Chapel es un sitio muy agradable. No aquí, en tu casa, claro, en la ciudad quiero decir. Además, no tengo adónde ir y... lo que quiero decir es que pienso quedarme,

pero tú no tienes ninguna obligación para conmigo.

Tyler apartó la mano de su boca.

–¿Has terminado?

–Sí.

–¿Puedo hablar ahora?

–Sí.

–Bien. Yo también te quiero, Tina.

–¿*Qué*?

–Lo que has oído, que te quiero. Te lo habría dicho antes, pero no me dejabas hablar.

Ella se quedó mirándolo, atónita.

–Pero no puedes quererme. Somos muy diferentes y...

–¿Quién lo dice?

–Tu madre, por ejemplo. Ella me odia.

–No te odia. Está celosa, pero se le pasará.

–No es sólo eso. Es que... tú eres perfecto. Mírate. Eres guapísimo, eres un cielo, eres rico. Lo pasamos bien juntos, pero...

–¿Qué estás diciendo, que como soy perfecto no podemos estar juntos?

–No... sí –Tina suspiró, frustrada–. No lo sé. Suena absurdo dicho así, pero...

–Porque es absurdo.

–Lo que intento decir es que no entiendo por qué ibas a enamorarte de alguien como yo.

–¿Por qué no?

–Porque yo... no soy especial.

–Para mí lo eres –dijo Ty–. Eres inteligente, divertida, cariñosa, leal, sexy, preciosa y un millón de cosas más. Además, no te interesa mi dinero –añadió, riendo–. Por eso te quiero aún más.

–Pues no me quieras, porque esta relación no puede ir a ningún sitio.

–Demasiado tarde, ya estoy enamorado.

–Pero no estás dispuesto a sentar la cabeza. Tú mismo lo has dicho.

–También dije que cuando estuviera dispuesto a hacerlo, lo haría.

–Pero...

Ty le tapó la boca con la mano.

–Cállate, Tina.

Luego se inclinó para besarla. Y besarla y besarla. Y como la besaba tan bien, tan apasionadamente, Tina casi no se enteró de que la tumbaba sobre la cama. Le daba igual que la quisiera, por muy raro que esto sonase, mientras no dejara de tocarla. Y aquella vez, también ella podía hacerlo.

Con manos curiosas, investigó todos los secretos de su cuerpo y él hizo lo mismo. Y, como siempre, se tomó su tiempo. La torturó con sus caricias, le hizo perder la cabeza.

–Ty, hazme el amor –murmuró cuando no pudo más.

Aquella vez, en lugar de decir que no, él alargó la mano para sacar un condón de la mesilla. Tina lo observó abriendo el paquete, poniéndose el condón… Parecía tan grande que casi le daba miedo. Se preguntó entonces si aquello iba a salir bien. ¿No sería terrible haber llegado tan lejos para descubrir que eran incompatibles? ¿Podría pasar eso?

Cerró los ojos cuando él se colocó entre sus piernas. «Por favor, por favor, que salga bien». Estaba asustada y excitada al mismo tiempo.

Ty abrió sus piernas, acariciando su parte más sensible, más íntima.

–Eres tan preciosa –murmuró.

Tina contuvo el aliento cuando dio el primer empujón. Nada. Empujó otra vez, pero no parecía llegar a ningún sitio. No estaba dentro de ella, no cabía.

–Tina, relájate.

–No cabes. Soy demasiado pequeña.

–No te preocupes por eso. Sólo tienes que relajarte un poco. A menos que quieras que pare…

–¡No! No pares –dijo ella, intentando relajarse.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Ty levantó su trasero con las dos manos y, después de un rápido movimiento, estaba dentro.

–Oh.

–¿Te he hecho daño?

–No, no.

Debería, pero no era así. No le dolía. Ni siquiera podría explicar lo que sentía.

Él empujó un poco más, un poco más… Era como si estuviesen

conectados. Tina se dio cuenta entonces de que nunca se sentiría tan completa, a menos que Ty le hiciera el amor.

Y tenía razón, era tan especial, tan íntimo, que no podía imaginar compartir aquello con otro hombre.

–No te pares –murmuró, abrazándolo.

–No –dijo él, sin dejar de empujar una y otra vez... hasta que Tina dejó de contar, dejó de pensar. Estaba besándola, tocándola, jadeando en su oído y ella no podía evitar moverse para seguir el ritmo.

Se sentía más sexy que nunca, más mujer que nunca. La deliciosa fricción la hacía sentirse como no se había sentido jamás.

Estaba al borde de algo increíble, podía sentir sus músculos contrayéndose... Ty dejó escapar un gemido ronco mientras empujaba con fuerza por última vez y ella echó la cabeza hacia atrás, arqueándose, sintiendo una sacudida por todo el cuerpo.

–Madre mía –murmuró él, dejando caer la cabeza sobre su pecho–. Madre mía.

–¿Estás bien?

–Estoy mucho mejor que bien. Estoy de maravilla. Soy normal otra vez, Tina.

Ella sonrió, orgullosa de sí misma. Lo habían hecho. Estaba curado.

–Nunca había sentido algo así. No sabía... no entendía esta conexión. Mi cabeza no sentía lo que sentía mi cuerpo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

–Sí, creo que sí.

–No sé si es por lo que me había pasado o porque te quiero. Pero esta noche ha sido... Tina, es asombroso. Quería que durase, pero no he podido parar. Cuando has empezado a tener el orgasmo y lo he sentido... sigo sintiéndolo.

–Yo también –sonrió ella.

–No te he hecho daño, ¿verdad? Quería ir despacio, pero se me ha escapado de las manos.

–¿Por qué se te ha escapado de las manos?

–Es como si hubiera corrido una maratón –sonrió Ty, tumbándose a su lado, sin soltarla–. Pero la próxima vez iré más despacio. ¿Sigues queriéndome?

–Sigo queriéndote.

–Estupendo. Y, ahora que estás sin fuerzas, voy a decirte una cosa: Mañana vamos a cenar en casa de mis padres.

–¿Qué?

–No puedes decir que no.

–¿Tu madre lo sabe?

–La llamaré mañana para decírselo –sonrió Ty, acariciando su pelo–. Por favor, no me digas que no. Dale una oportunidad para que te conozca.

Ella dejó escapar un suspiro.

–Muy bien. Iré.

–Sé que cuando te conozca, te querrá tanto como yo.

Tina esperaba que tuviera razón. Porque si no era así, no tendrían una sola oportunidad.

–Relájate, todo va a salir bien –sonrió Ty, apretando su mano.

Tina intentó sonreír, pero cuanto más se acercaban a la casa de los Douglas, más nerviosa estaba. Sabía que iba a ser un desastre, pero no había sido capaz de decir que no.

Había estado una hora frente al espejo, intentando decidir qué debía ponerse. Ty decía que era una cena informal, de modo que optó por una falda vaquera, un jersey con cuello de pico y zapatos planos. Además, se puso rímel y brillo en los labios.

Pero ahora que estaban a punto de llegar, su atuendo le parecía absolutamente inapropiado.

–Quizá debería haberme puesto un poco más elegante.

–Deja de preocuparte, estás muy guapa –insistió Ty.

–¿Y si tus padres me odian?

–No digas eso. ¿Por qué iban a odiarte?

Ojalá no fuese así. Pero tenía una premonición... No debería importarle tanto. Lo único importante era que Ty la amaba. Y sus padres tendrían que aceptarla. ¿O no?

¿Era así como quería vivir, siendo «aceptada» de mala gana? ¿Sintiéndose siempre como una invitada de segunda categoría? Y si su relación causaba un problema entre Ty y sus padres... eso sería terrible.

Él la amaba, pero el amor sólo podía dar de sí hasta cierto punto. Si tenía que elegir entre sus padres y ella, ¿a quién elegiría?

–Estaba pensando... –dijo Ty entonces– que quizá deberías llevar tus cosas a mi casa, para no tener que subir y bajar todo el tiempo. De hecho, deberíamos vivir juntos.

Tina se quedó sin palabras. Se habían conocido un mes antes... ¿Un mes era suficiente para conocer a una persona de verdad, para irse a vivir con ella?

–Es un paso muy importante.

–Lo sé. Y quiero que sepas que nunca le he pedido a una mujer que viva conmigo. Ni siquiera he llevado a nadie a casa de mis padres. Pero piensen lo que piensen de ti, me da igual. Presentártelos es una mera formalidad. Te quiero y me da igual lo que ellos digan.

Lo decía con tal sinceridad que Tina lo creyó. Tenía que creerlo.

–Muy bien.

–¿Vas a bajar tus cosas?

–Sí.

–¿En cuanto lleguemos a casa?

–De acuerdo –rió ella.

Pero eso hacía que la cena con sus padres fuera más importante. Y que ella estuviera más nerviosa.

–Bueno, ya hemos llegado –dijo Ty poco después, aparcando detrás de un BMW negro–. ¿Lista?

–No –contestó Tina.

–Todo saldrá bien, ya lo verás –intentó animarla él. Luego, al ver que no parecía animada, se inclinó para darle un beso en los labios.

Estaba haciéndolo otra vez, dándole esperanzas. Haciéndole creer que aquello podría funcionar.

–¿Vais a entrar o pensáis quedaros ahí toda la noche? –oyeron la voz de Emily desde el porche.

–¿Vamos? –sonrió Ty.

–¿Hay alguna otra opción?

–Todo irá bien.

Podía decirle eso un millón de veces y Tina seguiría sin creerlo.

–Mamá está de mal humor –les advirtió Emily.

Ty apretó su mano con fuerza.

–Todo irá bien.

Parecía muy seguro, pero algo en su expresión la puso nerviosa. Y le hizo preguntarse a quién intentaba convencer.

Capítulo Trece

Lo primero que llamó su atención fue la falta de color. En aquella casa, todo era blanco. Y no un color marfil, cálido, no, un blanco de hospital.

El aire olía vagamente a lejía y a... carne de algún tipo. No era una combinación muy apetitosa.

–¿Qué hay de cena, Emily? –preguntó Ty.

–Roast beef. Al menos, eso es lo que dice mamá. Tina, ¿quieres una copa de vino?

–Sí, por favor.

–¿Blanco o tinto?

–Tinto está bien.

Ty le enseñó la casa, una monstruosidad con paredes blancas, suelos blancos y muebles blancos. Todo carísimo, aburridísimo, blanquísimo. En el cuarto de estar había dos hombres pegados a una pantalla de televisión.

–Matt, papá, os presento a Tina –dijo Ty, levantando la voz para llamar su atención.

Los dos hombres se volvieron y Tina se quedó sorprendida al ver el parecido de Ty con su padre. Debía de tener más de sesenta años, pero se conservaba sorprendentemente bien. Casi parecía un jovencito... aunque se notaba que también había pasado por el cirujano. Matt era guapísimo. La clase de hombre a la que una mira y piensa «es divino».

Los dos se levantaron para saludarla y Tina tuvo que estirar el cuello. Podría haber llevado unos tacones de diez centímetros y habría seguido sintiéndose como una enana al lado de esos dos hombres tan altos.

–Tina –la saludó el señor Douglas, rozando levemente su mano antes de volver a mirar la televisión. No fue ni agradable ni desagradable. Sencillamente, no le prestó atención.

Podría haber sido peor, pensó ella.

Matt, por otro lado, la saludó calurosamente.

–Encantado de conocerte –le dijo, con una sonrisa de cine.

–La cena ya está casi lista –anunció Emily, entrando con dos copas de vino en la mano–. Cariño, ¿le has dicho a Ty lo de la villa?

–Ah, sí, por fin la he vendido.

–Ya te dije que sería fácil –sonrió él–. ¿Qué tal el precio?

–He sacado un beneficio interesante. ¿Cuánto era, cielo?

–Unos ocho millones, creo –contestó Emily.

Tina se atragantó con el vino.

¿Ocho millones? ¿Estaban hablando de dólares?

Ty le dio un golpecito en la espalda.

–¿Estás bien?

–Sí... es que se me ha ido por otro lado.

–¡Mi moqueta! –gritó alguien entonces. Todos se volvieron para ver a la señora Douglas en la puerta, como una hidra.

Luego miraron el suelo. A Tina se le encogió el estómago al ver que se le había caído un poco de vino, dejando una mancha roja en la prístina moqueta blanca.

Estupendo. No podía haberlo hecho mejor.

–Lo siento.

–¡Está destrozada!

–Es una moqueta a prueba de manchas, mamá –la defendió Emily–. No te preocupes, yo la limpiaré.

Ty tomó la copa de Tina y se la dio a Matt para poder seguir dándole golpecitos en la espalda. La señora Douglas se apartó un inexistente pelo de la frente y anunció:

–La cena está servida.

Y, a partir de entonces, todo fue de mal en peor.

Terrible.

Era la única forma de describir la velada en casa de los Douglas. El roast beef estaba seco, la verdura cruda, la salsa de carne era una masa imposible y las patatas no sabían a nada.

Era una pesadilla culinaria.

Pero Tina se lo comió todo porque habría sido una grosería no hacerlo. No abrió la boca más que para comer. Mientras tanto, los oía hablar. Matt, por lo visto, no sólo era entrenador de fútbol, también era el propietario de una cadena de restaurantes que valía

una fortuna.

La madre de Ty tenía una necesidad casi patológica de centrar la atención en ella. Tenía que juzgarlo todo y manipular todas las conversaciones.

Emily empezó a contar que estaba disgustada porque había tenido que despedir a una empleada y su madre la interrumpió diciendo que eso no era nada, que ella había despedido a un montón de criadas porque no sabían limpiar según sus instrucciones y que, por fin, había decidido que sería mejor hacerlo ella misma.

Ty habló de un inquilino difícil, que debía un mes de alquiler.

–¿Un mes? –exclamó su madre–. ¿Nada más? Nosotros tuvimos un inquilino que estuvo seis meses sin pagar. Tuvimos que desahuciarlo, claro. Hay gente que sólo sabe aprovecharse de los demás –añadió, mirando a Tina por el rabillo del ojo.

Ella intentó hacerse invisible, pero no era capaz.

–Bueno, Tina, ¿te gusta Chapel? –preguntó Matt.

De repente, todos los ojos estaban clavados en ella.

–Me gusta mucho. La gente es muy agradable.

–¿De dónde eres? –preguntó Emily.

–De Filadelfia.

–¿Naciste allí? –preguntó la señora Douglas, como si hubiera esperado una respuesta completamente diferente; que era de Marte, por ejemplo. O de México.

–Nací y me crié allí –contestó ella. Aunque por dentro estaba diciendo: «Dios, sácame de aquí».

–Ty me ha dicho que cocinas de maravilla –siguió Emily–. Tienes que invitarnos a cenar una noche.

–¿Tu madre también es cocinera? –preguntó la señora Douglas.

–Mi madre era camarera –contestó Tina–. Murió cuando yo tenía seis años.

–¿Y a qué se dedica tu padre? –preguntó el señor Douglas.

Tina tomó otro sorbo de vino para darse valor.

–No conocí a mi padre.

–¿También ha muerto?

–No lo sé. Mis padres no estaban casados.

–Ah, eres hija ilegítima –dijo la señora Douglas, como si fuera un comentario de lo más normal. Tina se percató de que Ty apretaba los puños y tomó otro sorbo de vino. Era eso o lanzarse al

cuello de su madre.

–Bueno, ¿y qué planes tienes? ¿Te marcharás de Chapel cuando Ty ya no necesite *tus servicios*?

¿Servicios?

No había que ser muy listo para saber lo que había querido decir. Incluso el señor Douglas pareció sorprendido por la grosería de su mujer.

–Tina no va a irse de Chapel –contestó Ty–. De hecho, vamos a vivir juntos.

Su madre puso cara de horror.

–¿No te parece inapropiado?

–No, mamá, no me parece inapropiado.

Después de eso, hubo un largo silencio en la mesa.

–Estamos embarazados –intervino Matt para aliviar la tensión–. Hemos pensado que os gustaría saberlo.

–¿Qué? –exclamó la señora Douglas–. Pero si aún no estáis casados. ¿Qué va a pensar la gente?

–Ay, por favor –suspiró Emily.

–¿Qué le está pasando a esta familia? ¿Alguien me lo puede explicar?

Ty golpeó la mesa con el puño y todo el mundo, incluida su madre, dio un respingo.

–¿Puedo hablar contigo un momento, mamá?

La señora Douglas colocó la servilleta sobre la mesa y se levantó, muy digna.

Tina se percató de que era la primera vez que veía a Ty tan enfadado. Y era culpa suya.

–Bueno –dijo el señor Douglas, como si no pasara nada–. ¿Y cuándo nacerá el niño?

Ty llevó a su madre al despacho y cerró la puerta. Había sido paciente, le había dado una oportunidad, pero no estaba dispuesto a soportar que tratase a Tina de esa forma.

Y era culpa suya. Su madre llevaba semanas portándose fatal con Tina y, en lugar de enfrentarse con ella, había ignorado el problema. Como Tina le había dicho, no sabía lidiar con las dificultades.

–¿Qué ha sido eso, la Inquisición española?

Su madre se cruzó de brazos.

–Ha sido idea tuya traerla aquí. Querías que la conociese... ¿cómo voy a conocerla si no habla? ¿Cómo voy a saber nada de ella si no le hago preguntas?

–¿Preguntas que la humillan y la insultan?

–¿Por ejemplo?

–No te hagas la tonta. Tú sabes muy bien de qué estoy hablando.

–Si no tiene nada que esconder, ¿por qué se ofende? A lo mejor es que tú no quieres saber la verdad.

–¿Sigues pensando que sólo busca mi dinero?

–¡Por supuesto que sí! Ya ha conseguido vivir contigo...

–No ha conseguido nada, mamá. Se lo he propuesto yo.

–¿Y qué crees que va a pasar ahora? Que se quedará embarazada, por supuesto. Y entonces, ¿qué vas a hacer?

A Ty no le importaría en absoluto que Tina se quedase embarazada. Nada en absoluto.

–Casarme con ella, por supuesto.

Su madre lo miró, espantada.

–No harás tal cosa.

–¿No?

–Si piensas seguir siendo miembro de esta familia, no.

Ty se quedó helado.

–¿Perdona?

–Me has oído perfectamente. Una cosa es tener una aventura con una chica como ésa, pero casarse... es completamente inaceptable.

–¿Una chica como ésa? –repitió Ty.

–¡Una fresca, una aprovechada! Eso es lo que es. No es como nosotros, Ty.

–¿No es como nosotros? –repitió él, furioso–. ¿Qué significa eso? ¿Estás hablando de clase social, de raza, de qué, mamá? ¿Es diferente porque su piel es más oscura que la nuestra? ¿Eso la convierte en una ciudadana de segunda categoría?

Su madre no lo negó.

–Que no te guste Tina es algo que yo no puedo evitar. Pero tendrás que tratarla con respeto y quiero que te disculpes por tu comportamiento.

–No pienso hacer tal cosa.

–Muy bien, como quieras –suspiró Ty–. Gracias por la cena, mamá.

Cuando entró en el comedor, todos se callaron. Tina lo miraba sin poder disimular su angustia. ¿Qué persona normal no se habría sentido ofendida?

–No lo ha hecho con mala intención –dijo su padre–. Es que últimamente está muy estresada.

–Me da igual lo estresada que esté –replicó Ty–. No hay excusa para su comportamiento. Tina, nos vamos.

Capítulo Catorce

Ty salió de casa de sus padres más furioso y más frustrado que nunca. Sabía que su madre podía ser altiva y orgullosa, pero aquello era demasiado.

–Lo siento mucho –se disculpó Tina.

–¿Que lo sientes mucho? Tú no has hecho nada.

–Pero ha sido un desastre…

–No es culpa tuya.

Ella cerró los ojos, angustiada.

–Mira, soy yo quien lo siente –suspiro Ty–. No debería haberte llevado a casa de mis padres. No debería haber dejado que te trataran así. Pero te prometo que no volverá a pasar.

–Si has cambiado de opinión, lo entenderé…

–¿Cambiar de opinión sobre qué?

–Sobre lo de vivir juntos.

–Tina, no he cambiado de opinión en absoluto. Quiero que vivamos juntos…

–Ty, escúchame. Si tus padres no me aceptan, al final me odiarás por ello. Puede que no ahora, pero más adelante sí.

No lo entendía. Ella no tenía la culpa de nada. Y Ty no pensaba abandonar a la única mujer a la que había amado en toda su vida sólo porque su madre no quisiera aceptarla.

–La única persona con la que estoy enfadado es mi madre. Fin de la historia.

Volvieron a casa en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos.

–Voy a cambiarme –dijo Tina, mientras él cerraba la puerta.

–¿Estás bien?

–Sí, sí… es que el vino me ha mareado un poco.

–Pero si sólo has tomado dos copas.

–Son dos más de las que suelo tomar –intentó sonreír ella.

–Te acompaño –dijo Ty.

Cuando llegaron a su habitación, Tina se sentía tan angustiada,

tan frustrada que se puso de puntillas y enredó los brazos alrededor de su cuello.

–Ty, hazme el amor.

–Cariño...

La tomó en brazos para llevarla a la cama, preguntándose si sabría cuánto la deseaba, cuánto la quería. Podría decírselo un millón de veces, pero seguramente ella seguiría sin creerlo. Ni siguiera él entendía por qué la amaba tanto.

Estaba tan desesperado por hacérselo saber que le hizo el amor como si fuera la última vez, poniendo en ello toda su alma. Al final, se abrazaron, agotados, jadeando.

–No hemos usado protección, ¿verdad?

–No –contestó Ty.

–¿Ha sido un accidente?

–Podría haber parado, pero no he querido hacerlo –le confesó él.

Tina dejó escapar un suspiro.

–No puedes obligar a tus padres a que me acepten dejándome embarazada, Ty. De hecho, si me quedara embarazada en este momento sería muy sospechoso, ¿no te parece?

–Lo siento. No estaba pensando...

–Me encantaría tener un hijo contigo, cariño. Pero no ahora.

–Tienes razón. He sido un egoísta.

–De todas formas, no creo que vaya a pasar nada. Estoy a punto de tener la regla.

–Mejor –suspiró él, diciéndose a sí mismo que era un alivio, aunque no era verdad.

–Quizá, en el futuro, debería tomar la píldora o algo así.

–Como tú quieras.

Tina lo abrazó.

–Te quiero, Ty.

–Me encanta oírte decir eso.

–Espero que sea suficiente. Querernos, quiero decir.

–Si estás hablando de la situación con mi madre, sé que al final se arreglará. De verdad creo que cuando se haya calmado y lo piense un poco, se dará cuenta de que te ha ofendido. A lo mejor nunca os lleváis bien, pero al menos aprenderá a aceptarte.

–Eso espero.

Tenía que ser así. La quería tanto que no podía imaginar la vida

sin ella.

Ty estaba tan concentrado en las imágenes del ordenador que cuando se abrió la puerta del despacho saltó de la silla.

–Em, qué susto me has dado.

–¿Dónde está Tina?

–Ha ido al banco a hacer un ingreso.

–Mejor, porque tenemos que hablar. ¡Tienes que ayudarme!

–¿Qué pasa ahora?

–Tienes que pedirle disculpas a mamá antes de que me vuelva loca. Se ha convertido en mi sombra.

–¿Pedirle disculpas por qué? Es ella quien debería pedirle disculpas a Tina. Mamá cree que puede decirme cómo debo vivir mi vida...

–¡Bienvenido al club! ¿Qué crees que he tenido que soportar yo durante los últimos veintiocho años? Y ahora que está enfadada contigo no me deja en paz. Me llama a la oficina, me lleva comida a casa... es como si, de repente, quisiera ser mi mejor amiga.

–Lo siento, pero yo no puedo hacer nada.

–Ty, por favor, ¿no podrías hablar con ella? Esta mañana me ha llamado llorando, diciendo que ya no la querías.

–¿Por qué tengo que llamarla si yo no le he hecho nada? Mira, Em, a mí tampoco me gusta esta situación. Me duele que mamá esté sufriendo...

–¡Pues habla con ella, Ty!

–... pero no puedo vivir como ella quiere.

–Sois unos cabezotas los dos.

–Sólo le he pedido que se disculpe por tratar a Tina como lo hizo. Y que la trate con respeto a partir de ahora. No creo que sea mucho pedir.

–Para mamá, sí.

Tyler dejó escapar un suspiro.

–Mira esto –dijo entonces, señalando la pantalla del ordenador.

–Son anillos de compromiso, ¿no? –murmuró Emily.

–Sí, pero no sé cuál elegir. ¿Dos o tres quilates?

–Los hombres y su preocupación por el tamaño –suspiró su hermana–. No creo que a Tina la impresione una piedra enorme. Yo

le compraría algo único, especial.

–¿Una piedra exótica?

–Por ejemplo.

–¿Cuánto tiempo tienes?

Emily miró su reloj.

–Una hora, más o menos.

–Vámonos de compras.

Tina iba caminando hacia la casa, con el corazón encogido. Cuando volvió a la oficina, oyó a Ty y Emily hablando... una conversación que ella no debería haber escuchado, evidentemente. Y estaba claro que la situación era mucho peor de lo que creía. La señora Douglas lo estaba pasando mal y cuando Ty dijo que no podía soportar hacer sufrir a su madre...

Aunque intentaba disimular, durante aquellas semanas había estado molesto, raro; la prueba de que la situación con su madre lo disgustaba más de lo que quería reconocer. Y cada día sería peor. En cualquier momento, empezaría a lamentar su relación con ella...

Ésa era la prueba de que dos personas podían estar enamoradas, pero no estar hechas la una para la otra. Debería haber sabido que aquello era demasiado bueno para ser verdad.

Tina lo había ayudado y Ty la había ayudado a ella. Una relación de la que ambos se habían beneficiado.

Pero lo mejor era decirse adiós.

Podría tardar algún tiempo en reunir dinero para alquilar un apartamento, pero hasta entonces llevaría sus cosas a la habitación. E intentaría buscar otro trabajo. Si iban a romper, sería mejor alejarse de Ty.

Quizá Mae le daría trabajo en el restaurante...

O podría marcharse de Chapel.

Tina miró alrededor, aquella ciudad que empezaba a serle tan familiar: la cafetería, el restaurante de Mae donde Ty y ella comían a menudo. El mercado, donde Ty y ella iban a comprar todas las semanas. El banco, donde había abierto su primera cuenta corriente.

–¿Señorita DeLuca?

Tina se quedó atónita al ver a Martín López a su lado. Aunque

sabía que no era su padre, había algo, una sensación extraña cuando lo miraba. Y el espacio vacío en su corazón, el anhelo de una familia, se intensificó.

–Me gustaría hablar con usted. ¿Podríamos tomar un café?

–Ahora mismo no es buen momento, señor López.

–Me siento fatal por lo que pasó cuando fueron a mi casa y me gustaría que hablásemos –insistió él.

Lo último que Tina necesitaba en aquel momento era tomar café con aquel hombre. Recordar lo que no podría tener, lo que no tendría nunca.

–No se ofenda, señor López, pero no me apetece hablar con usted.

–Puede que le apetezca cuando oiga lo que tengo que decir.

Algo en su tono, en el brillo de sus ojos, hizo que Tina se echase a temblar.

–¿Por qué quiere hablar conmigo?

–Porque le mentí.

Capítulo Quince

Tina estaba sentada frente al señor López, Marty, como le había pedido que lo llamara, intentando tomar un café. Pero tenía un nudo en la garganta que le impedía tragar.

–¿Estás diciendo que sí pasaste un fin de semana con mi madre?

–Eso es –contestó Marty.

–Entonces, es posible que seas mi padre.

–Yo diría que sí. Te pareces mucho a mi hija Lucy, ¿sabes? Entiendo que estés enfadada conmigo y lo estarás más cuando te diga la verdad: yo ya estaba casado cuando pasé aquel fin de semana con tu madre.

–Y supongo que tu mujer no sabe nada.

–No, claro. No sabía nada hasta hace unas semanas –suspiró el hombre–. Quiero mucho a mi mujer, Tina. Pero cuando conocí a tu madre... era una mujer tan vital, tan llena de ilusión... Nos sentimos atraídos el uno por el otro de inmediato.

–¿Ella sabía que estabas casado?

–Sí. Esa primera noche, en el café, hablamos durante horas. Lo que pasó entre nosotros... pasó, sencillamente. Ninguno de los dos lo esperaba, no fue algo planeado –le contó Marty–. Me sentía tan culpable después de tu visita que se lo conté a mi mujer, pero ella me dijo que lo supo en cuanto te vio. Espero que entiendas cuál era mi posición.

–Sí, claro que lo entiendo. Y yo no quería hacerte daño o causarte ningún problema.

Su búsqueda, sus sueños, todo para nada. Estaba tan concentrada en su propia soledad que no se había parado a pensar lo que ese descubrimiento podría ocasionarle a Martín López.

–No quiero darte más problemas y te aseguro que haré lo posible por alejarme de tu familia.

–Eso sería una pena, porque mi mujer está muy interesada en conocerte. Y en presentarte a Lucy, tu hermana –dijo Marty entonces, apretando su mano–. Me gustaría que te conociera, Tina.

¿Quieres?

De repente, todo lo que siempre había querido estaba allí, frente a ella, al alcance de su mano.

–Me gustaría mucho –contestó, con lágrimas en los ojos–. Me gustaría muchísimo.

–¿Tina? ¿Estás en casa?

–Si, estoy aquí –contestó ella, saliendo de la cocina.

–Tina, ¿qué ha pasado? ¿Has estado llorando? –preguntó Ty.

Ella intentó evitar su mirada.

–Tengo muchas cosas que contarte.

Ty la acompañó a su habitación, pero cuando vio dos maletas abiertas sobre la cama supo que algo iba mal.

–¿Qué es esto?

–Las he tomado prestadas, pero te las devolveré en cuanto pueda.

–¿Qué quieres decir?

–He hablado con Martín López esta mañana.

–¿Y eso?

–Fue a buscarme y me detuvo en medio de la calle. Me mintió, Ty, es mi padre.

Él la miró, perplejo.

–¿Y por qué te mintió?

–Porque estaba casado cuando conoció a mi madre –suspiró Tina.

Le contó todo lo que Marty le había contado a ella y Ty se quedó pensativo.

–Eso es estupendo, cariño. ¿Por qué no estás contenta?

–Estoy contenta.

–¿Entonces?

–Verás, es que... Mi hermanastra, Lucy, vive en Royal Oak. No está muy lejos de aquí.

–Sé dónde está.

–Lucy tiene un apartamento encima de su corsetería y está buscando una compañera para compartir gastos.

–Pero ya tienes un trabajo y una casa –objetó Ty, sorprendido.

Tina apartó la mirada.

–Los dos sabemos que esto no va a funcionar.

–¿Por qué?

–Tú sabes por qué no.

–Mírame, Tina, por favor. ¿Por qué dices eso?

–Tú lo estás pasando mal, tu madre lo está pasando mal. Yo creo que lo mejor es que nos separemos...

–Para empezar, yo no lo estoy pasando mal. Y que mi madre esté enfadada es su problema.

–Pero últimamente no eres el mismo. No puedes negar que esto te ha afectado...

–Claro que me ha afectado, pero no lo suficiente como para romper nuestra relación –protestó él.

–Mira, Ty, te oí hablando con Emily. Yo no quiero que rompas tu relación con tu familia por mí y...

–Tina, voy a decírtelo por enésima vez: me da igual lo que piense mi madre.

–Pues quizá no debería darte igual.

–¿Qué quieres decir?

–¿Se te ha ocurrido pensar que tu madre podría tener razón? ¿Que yo podría estar aprovechándome de ti?

–No digas eso...

–Podría ser, ¿no? ¿No te parece raro que en cuanto encuentro una oportunidad para salir de tu vida, quiero marcharme?

No era verdad y ambos lo sabían, pero tenía que decir algo, tenía que encontrar una excusa para que la dejara ir. Tenía que convencerlo de que no lo amaba.

Ty apretó los dientes.

–Muy bien. Si eso es lo que quieres... Cuando hayas terminado de hacer las maletas, llámame.

–De acuerdo.

Media hora después, Ty apareció en la puerta de la habitación, muy serio.

–¿Quieres que te lleve o prefieres que llame a un taxi?

–Creo que un taxi sería mejor.

–Como quieras –murmuró él.

Lo siguió por la escalera, nerviosa, agarrándose al pasamanos. Con cada paso, le temblaban más las piernas. Iba a hacerlo. Iba a fingir que lo había estado engañando, que no lo amaba. Y todo para

no destruir a su familia.

Cuando llegó abajo y vio a los padres de Ty sentados en el sofá del salón, pensó que estaba alucinando.

–¿Qué... qué hacen aquí?

Ty dejó las maletas en el suelo.

–Si tú puedes jugar sucio, yo también puedo hacerlo.

–A mí también me gustaría saber qué estamos haciendo aquí –protestó su madre.

–Quería que vieras lo que habías hecho, mamá. Tú deseabas que Tina desapareciera de mi vida y lo has conseguido. Aquí está, con las maletas en la mano. ¿Ahora eres feliz?

Sorprendentemente, la señora Douglas no parecía muy contenta.

–Y también te he traído para hacerte una pregunta. ¿Por qué crees que Tina no puede estar enamorada de mí? ¿Te parece que no soy digno de amor?

–Yo no he dicho eso –protestó su madre–. ¿Cómo puedes pensar una cosa así?

–Entonces, el problema es Tina.

La señora Douglas apartó la mirada.

–Tú sabes muy bien lo que pienso de ese asunto.

–¿Por qué, mamá? ¿Tina ha sido grosera contigo o con papá?

–No –contestó su padre–. A mí me cae bien.

–¿Ha robado algo en tu casa, los cubiertos quizá?

–No que yo sepa –contestó su madre.

–Entonces, ¿qué te ha hecho?

–Me preocupa que se aproveche de ti, hijo. Ya lo sabes.

–¿Por dinero? Nunca me ha pedido dinero. Trabaja para ganárselo y jamás ha aceptado un regalo. De modo que no entiendo por qué dices eso.

La señora Douglas no contestó.

–No contestas, de modo que no tienes pruebas. No te gusta Tina porque no quieres que te guste, sencillamente.

–Estoy intentando protegerte, Ty. Sólo quiero que seas feliz.

–¿Ah, sí?

–¡Por supuesto! Eso es lo único que quiero.

–Pues yo soy feliz, mamá. Estoy enamorado de Tina y cuando pienso en el futuro no puedo imaginarlo sin ella. ¿Entiendes que nunca había sentido algo así por una mujer?

–Pero...

–Y ella me quiere también. Tanto que está dispuesta a dejarme para que no rompa con mi familia. Pero yo no pienso dejarla ir.

Los ojos de Tina se llenaron de lágrimas.

–Ty...

–La verdad es, mamá, que no te gustaría ninguna mujer fuera como fuera porque tú eres así. Y, a pesar de eso, te quiero. Pero no voy a permitir que me destroces la vida.

–Quizá fui un poco... dura –reconoció su madre entonces–. Pero sólo porque quiero proteger a mis hijos.

–No te estoy pidiendo que te hagas amiga de Tina, mamá. Sólo que la respetes. ¿Puedes hacer eso?

Después de una pausa, la señora Douglas asintió con la cabeza. No parecía entusiasmada con la idea, pero tampoco parecía hostil. Era un principio.

–Tina, tú también tienes algo que decir. ¿Crees que podrás tolerar a mi madre?

–Claro que sí.

–Estupendo. Iba a esperar hasta la cena para hacer esto, pero... ¿qué demonios? –sonrió Ty, sacando una cajita del bolsillo. Dentro había un anillo: una piedra brillante sobre una delicada banda de oro y plata. Un anillo tan precioso que Tina se quedó sin aliento.

–En cuanto lo vi, supe que era el anillo ideal para ti. No es un diamante, espero que no te importe.

Podría haber sido un trozo de vidrio y le habría dado igual. No tenía que convencerla de que la quería, ya estaba convencida.

Entonces, Ty clavó una rodilla en el suelo. No sólo iba a regalarle un anillo, iba a pedir su mano.

–¿Quieres casarte conmigo, amor mío?

–Por supuesto –contestó ella, poniéndose el anillo. Le quedaba perfecto. Tan perfecto como Ty.

Olvidando que había público, le echó los brazos al cuello.

–No pensarías que iba a dejarte marchar, ¿verdad? –rió Ty.

Tina tomó su cara entre las manos, abrumada al saber que aquel hombre maravilloso la quería tanto.

–Esto es real, ¿no? No estoy soñando.

–Tan real que estoy deseando casarme.

–Yo también.

–Pero no quiero una boda con mucha gente ni con mucho lío. Podríamos casarnos por lo civil…

–¡Tyler Phillip Douglas! –exclamó su madre–. ¡No vas a hacer nada de eso!

Él levantó los ojos al cielo.

–Vas a casarte como Dios manda. Y necesitamos al menos seis meses para organizar la boda.

–¿Seis meses? –exclamó Ty–. ¿Tu que opinas, cariño?

–A mí no me importa. Además, yo no sé mucho sobre bodas.

La señora Douglas suspiró, como diciendo «¿qué sería del mundo sin mí?».

–Yo sí, afortunadamente. Tendremos que empezar a hacer planes de inmediato.

–Muy bien –asintió Tina.

–¿Por qué no vienes a comer a casa mañana?

–Estupendo.

El padre de Ty se levantó.

–Bueno, nosotros nos vamos. Felicidades a los dos.

–Empieza a pensar en colores, Tina. Y la comida es a las dos en punto –dijo la señora Douglas antes de salir.

Cuando la puerta se cerró, Ty la envolvió en sus brazos.

–No querías casarte por lo civil, ¿verdad? –rió Tina.

–No.

–Sabías que eso la pondría furiosa y querría organizar la boda a toda costa. Y ése sería un modo de relacionarnos. Qué listo eres.

–Si hay algo que a mi madre se le da bien es organizar fiestas. Te volverá loca, pero prometo no volver a dejar que te haga daño. No dejaré que nada ni nadie te haga daño nunca más.

–Lo sé.

Ty tomó su cara entre las manos.

–No sé dónde estaría ahora si no te hubiera conocido. Me has convertido en un hombre nuevo.

–Y tú me has dado lo único que he querido toda mi vida –sonrió Tina–. Una familia.